

Exposición del credo por los apóstoles

PROF. DR. LUIS RESINES LLORENTE

Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid

Recibido: 2 de marzo 2022

Aceptado: 12 de junio 2022

Resumen: Un antiguo manuscrito anónimo (s. XIV-XV) realiza un comentario del credo apostólico, dando por supuesto que cada una de las frases fue formulada por un apóstol, según una expresión común. Más allá de la autoría de las frases, lo que presenta es la fe cristiana común, con unas explicaciones originales. Además, añade un segundo comentario más breve, que condensa lo precedente; finalmente añade una profesión personal de la fe cristiana y la asume con pleno convencimiento.

Palabras clave: Credo, símbolo, profesión de fe, artículos de la fe.

Abstract: There is anonymous manuscript (from century XIV-XV) which contains the titled apostolic creed; in his presentation the author suposes that each phrasis was proclaimed by a determinated apostle. But, the most important question is not the authorship of these, but the common christian faith, that the autor explains originally. A second commentary of the same creed is a abbreviation of the first exposition; at end, it is offered a personal profession of faith, assumed by the author with whole conviction .

Keywords: Creed, symbol, profession of faith, articles of faith.

La presentación de este manuscrito y el comentario anejo tienen mucho de catequético, por cuanto en casi toda la extensión del mismo lo que se aborda es una explicación del credo, concretamente del denominado como «credo apostólico», dado que se asignaba su origen a los propios apóstoles con no demasiado sentido crítico. El texto dispone al final una especie de apéndice de estilo devocional, que sólo se centra en el credo de modo ocasional, sin que constituya su verdadero núcleo. No así en el resto del manuscrito.

I. EL MANUSCRITO

Resulta imprescindible comenzar por describir el manuscrito estudiado. Forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, en la sección de manuscritos, con la signatura ms. 9480. Constituye un conjunto breve de 20 folios escritos en recto y vuelto, con encuadernación posterior. En el ángulo superior derecho, una foliación reciente marca los folios, salvo el último, que carece de numeración por estar en blanco.

El texto figura en tinta negra con algunos trazos rojos para marcar el comienzo de los párrafos o de algunas frases dentro del mismo párrafo, sin seguir una pauta precisa. Se emplea letra cortesana, bastante fácil de leer, excepto las ocasiones en que utiliza algunas abreviaturas, más alguna palabra obscura. En ciertos momentos, al inicio de algunos párrafos emplea mayúsculas un tanto elaboradas. Todo el texto figura en latín.

Carece propiamente de título y el asignado por la catalogación de la Biblioteca, también latino, reza “Credo per apostolos”. Aunque apunta el contenido de la obra, es título algo confuso ya que no se limita a presentar el credo, como podría parecer, sino que en realidad se trata de una explicación o comentario del credo, y no simplemente el formulario de esta confesión de fe cristiana.

1. Autor, fecha

El manuscrito carece de cualquier indicación de autor. Se trata de alguien desconocido, quien, a juzgar por el contenido de su exposición, posee una notable cultura teológica, así como bíblica, y también filosófica. Muestra su cultura amplia, pues conoce y se adhiere desde su fe tanto al credo apostólico como el que se reconoce como de Nicea y Constantinopla, e igualmente el asignado falsamente a san Atanasio. La información que

se desprende de su escrito no permite aventurar asignación alguna; y el hecho aislado de que tan sólo una vez haga una referencia muy difusa a san Bernardo no permite suponer nombre alguno.

Si desde los datos nulos sobre el autor no se puede datar su escrito, tampoco se puede asignar fecha alguna al manuscrito a partir del propio texto. El estilo de la escritura permite asignarlo hacia finales del s. XIV o comienzos del XV. Y una alteración en el orden de las palabras, en una única ocasión, no arroja seguridad de que se tratara de una copia de algún escrito anterior, sino que tal dislocación no dificulta el desarrollo lineal, ni justifica la posibilidad de un escrito previo que entonces fuese copiado.

No se puede afiliarse al autor a una escuela o tendencia particular que pudiera arrojar alguna luz adicional sobre la fecha de composición. El empleo que hace de la lengua latina va en consonancia con el latín eclesiástico no muy académico, que corrobora la datación tan poco precisa: las concordancias en el uso del latín dejan muchas deficiencias a la vista como corresponde a una cierta decadencia generalizada. Además, es obligado tener en cuenta que, tal como escribe algunas palabras (cellum por celum, appostolos por apóstolos,...), se hace evidente la decadencia, que apunta a una fecha tardía. En ocasiones, la dificultad de la propia escritura es algo confusa en la grafía y no permite identificar con precisión, al leerla, el caso de un vocablo o el tiempo de algún verbo.

En resumen, es un escrito anónimo de finales del XIV o comienzos del XV, que explica el credo apostólico.

2. Destinatarios

De la misma forma que el manuscrito oculta el nombre de su autor, también silencia para quiénes lo destina: hay que suponerlo. Pero la lectura atenta del texto, y el nivel de conocimientos que expresa sí permiten sospechar unos destinatarios.

- Por una parte, hace una extensa primera explicación sobre Dios que entremezcla lo filosófico y lo teológico (“credere Deum, credere Deo, credere in Deum”);

- también señala la presencia de Dios «por esencia, presencia y potencia», como parte de la explicación anterior;

- en tercer lugar, distingue entre “potencia absoluta” y “potencia ordenada”, cuando comenta la omnipotencia divina;

- la sutil distinción entre “origen, creador y agente”, en la explicación para hablar de la creación; esta distinción a muchos les pasaría desapercibida;

- finalmente, la muy notable carga bíblica que cita con normalidad habitual, y con exactitud en casi todos los casos de referencia expresa.

Todos estos datos, sumados, arrojan como balance una conclusión clara: el manuscrito le venía demasiado grande a la mayor parte de los clérigos en estado habitual de analfabetismo funcional, y por supuesto al resto de los miembros del pueblo de Dios. Por si esto fuera poco, además en latín, (aunque no muy perfecto, sino decadente), que alejaba aún más a posibles lectores. Sólo cabe pensar en la excepción de unos pocos clérigos (o monjes) cultivados, doctos, capaces de percibir lo que trataba de decir, para los cuales omitía otros conceptos que había que entender que conocían bien, y que no detalla. Incluso el apunte esquemático de un catecismo que difundiera los contenidos más comunes de la fe permite situar a los destinatarios con un elevado grado de preparación, que el autor da a entender, aunque no lo mencione.

3. Estructura

El escrito tiene tres partes bien marcadas. Una primera exposición bastante amplia sobre el credo apostólico; le sigue, a modo de abreviación de la anterior, una segunda explicación que se ciñe a los aspectos más notables que han precedido en la exposición primera. A esta segunda parte sigue, marcando una cierta distancia, un folio en blanco (18v), la parte tercera la constituye una protestación de la fe, así como una oración que ratifica dicha fe.

La primera parte, la explicación de la fe, así como la segunda explicación abreviada, siguen la distribución del credo por frases (artículos), que se asignan nominalmente a cada uno de los apóstoles, por lo que es evidente la distribución en doce apartados distintos para cada uno de los comentarios. Sin embargo, en la explicación del primer apartado, asignado al apóstol Pedro, no hay más remedio que referirse a una larga justificación de corte entre filosófico y teológico que parece en algún momento no sólo que se aparta del credo, sino que incluso se olvida de él. Esta amplia justificación no es una simple digresión, puesto que ocupa casi la tercera parte del manuscrito. A su conclusión, retorna a la

explicación del credo como si su larga inclusión fuese lo más natural del mundo, sin que después vuelva a encontrarse otra justificación similar.

La primera parte resulta una explicación ampliamente recargada en los comienzos, aunque resulta más ligera a medida que avanza. La segunda parte es una condensación de la primera. Y, con notable independencia de lo anterior, la tercera parte, la protestación de la fe, consiste en una profesión personal de fe, redactada en primera persona, más una oración, igualmente personal. Rara estructura la que se encuentra en el manuscrito, nada frecuente.

4. El credo apostólico

Dado que las dos primeras partes versan sobre el credo llamado “apostólico”, es indispensable fijarse en primer lugar en esta condensación de la fe cristiana.

A lo largo de la historia ha habido gran cantidad de credos, entendiendo por tales expresiones no espontáneas, sino resultado de una cierta elaboración y reflexión, en las que se condensaba la fe de los cristianos. La función del credo (o de los credos, en plural) ha sido variada, pero se pueden destacar sin problema dos aspectos conectados entre sí. Un aspecto, una funcionalidad, era que quienes formaban parte de una comunidad pudieran proclamar y expresar en alta voz los convencimientos personales; así expresados, los criterios y las certezas individuales pasaban insensiblemente a ser manifestaciones colectivas, del sentir común, en las que coincidían todos los miembros de la comunidad. Era el fin colectivo del credo (aunque el verbo latino se utilice en primera persona del singular, y no en plural).

Precisamente el uso del singular (credo, es decir, yo creo) apunta a la otra finalidad, más básica y más antigua, que señala a su origen mismo. Cuando uno que aún no era cristiano se interesaba por esta fe, tras una etapa de reflexión, aprendizaje y con la explicación de los puntos básicos de la fe cristiana (luego se llamará catecumenado), era admitido al bautismo. En ese momento clave, el interesado expresaba su fe, sus convencimientos, decía ante el resto de la comunidad en qué creía con fe religiosa y tras ello era bautizado; la comunidad presente oía su declaración personal y asentía en que el aspirante fuera integrado entre sus miembros, donde era acogido. Las más antiguas expresiones se decantaron por un sistema interrogativo,

conforme al cual, quien se disponía a ser bautizado respondía a las preguntas que le eran formuladas, y con su respuesta expresaba su fe.

Afín a este uso primitivo, sin duda el más antiguo, otra finalidad vinculada a la manifestación personal permitía la identificación de cristianos itinerantes por parte de los miembros de la comunidad local; o también cristianos huidos en momentos de persecuciones, que precisaban un refugio por parte de otros cristianos a los que jamás habían visto.

Durante mucho tiempo, durante siglos, no hubo ninguna fórmula establecida; menos aún con valor universal. Más bien, cada comunidad local expresaba sus convencimientos con fórmulas que les resultaban suficientemente válidas como para que todos sus miembros se identificaran con unas expresiones que compendaban lo esencial de su fe, a la vez que veían la gran coincidencia con lo que decían y manifestaban los miembros de otras comunidades sin que hubiera una coincidencia total en las fórmulas empleadas.

El paso del tiempo fue decantando y prefiriendo algunas de esas expresiones entre otras; además, el prestigio de que gozaban algunas comunidades por alguna razón complementaria (obispos célebres, expresiones de gran penetración o muy difundidas, fórmulas venerables que se habían repetido y mantenido por varias generaciones, una mayor riqueza o exactitud en las frases,...) fue insensiblemente prefiriendo unos formularios a otros. Nadie se hacía problema en que coexistieran varios credos, pues todos tenían idéntica finalidad.

El prestigio de la comunidad romana, por el hecho de la residencia papal en esa ciudad, fue muy lentamente dotando a las fórmulas romanas de una especie de autoridad que las hacía preferibles respecto a otras fórmulas. Y la síntesis a la que se fue llegando con el paso del tiempo terminó por consolidar lo que se expresaba en Roma como fórmula más empleada; de ninguna manera era una fórmula excluyente. Su paulatina difusión y su empleo cada vez más común, más extendido, devinieron en fórmula preferida y se dieron pasos hacia la fijación como fórmula principal.

La fórmula romana, como tantas otras que convivieron con ella, no consistía en el fondo más que la expresión de los convencimientos cristianos; tales convencimientos podían ser exteriorizados de muchas maneras diversas, coincidentes en la fe compartida. Al ser preferida como fórmula principal, se produjo el proceso de la fijación de lo que se

decía, de cómo se decía, del orden en que se decía, en los momentos en que se empleaba,... todo ello determinó que hacia el año 436 sea posible localizar testimonios del empleo de la síntesis de la fe cristiana que se usaba en Roma. Y se continuó denominando (en singular) como credo lo que constituía la expresión de la fe plural, de la fe común.

No hay forma de saber con absoluta precisión cuándo a este “credo” se le pasó a adjetivar como “apostólico”. Una cosa era que expresara la fe que habían vivido los apóstoles en su momento histórico concreto, y otra cosa muy distinta era que éstos hubieran expresado su fe con un formulario que se había gestado entre todos los cristianos con el paso del tiempo. Pero el deseo de magnificar el formulario y de dotarlo de un prestigio a salvo de cualquier duda llevó a la afirmación, jamás comprobada, de que los mismos apóstoles lo habían expresado así con esas palabras exactas. Esto dotaba al credo de una seguridad absoluta frente a cualquier posible error; a la vez proporcionaba una certeza de que quien lo hacía suyo entroncaba con una corriente cristiana que se había mantenido invariable con el paso del tiempo¹.

Sólo faltaba un detalle para redondear la cuestión: asignar a cada apóstol en particular la expresión de una frase concreta, y buscar la oportunidad de manifestarla ante los demás apóstoles². La leyenda estaba servida: la ocasión para algunos era el llamado concilio de Jerusalén del

¹ Parece que pudo ser Rufino de Aquileya quien inició este modo de pensar, al dejar caer que el credo había sido recibido «por tradición», que venía de tiempos lejanos. De ahí a añadir que procedía de los apóstoles no había más que un paso (KELLY, J. N. D., *Primitivos credos cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1980, 131). Semejante añadidura no tocaba para nada el contenido de la fórmula de fe que era conocida por algunas comunidades cristianas; por eso mismo fue poco a poco aceptada sin que mediara oposición ni confirmación histórica.

² Parece que hay que asignar a san Ambrosio una primera asignación de cada frase. Lo que pudo empezar por constituir un procedimiento pedagógico se convirtió, a base de ser repetido (por ejemplo en algunos *Sermones* que se atribuyeron a san Agustín), en una certeza tan irrefragable como la misma fe que se trataba de presentar. Hubo que llegar al siglo XV para que Lorenzo Valla propusiera serias dudas sobre tales asignaciones. (CURA, Santiago del, “Confesión de fe”, en PEDROSA, VICENTE Y OTROS (ed.) *Nuevo diccionario de catequética*, San Pablo, Madrid, 1999, 521-532; 527 y 528). Lorenzo Valla (Roma, 1406 - Nápoles, 1457) tenía posiblemente ascendencia en Plasencia. Gran humanista, tuvo varios enfrentamientos con el papa Martín V, con la corte pontificia, y con otros adversarios, entre los cuales Juan Francisco Poggio, pues llegaron hasta las más serias injurias. Esto muestra el agudo sentido crítico que poseía, que también aplicó en concreto a esta cuestión sobre el origen apostólico del credo.

que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 15, aunque allí los asuntos documentados que se debatieron fueron bien distintos, y nada dicen sobre esa supuesta declaración colectiva. Para otros, con menor precisión, fue en algún momento en que, antes de separarse para anunciar el evangelio en diversos lugares, según el mandato de Jesús, convinieron en una expresión común, que sirviera de vínculo igualmente común para los cristianos dispersos por el mundo. Así establecida, como cualquier otra leyenda, se difundió y encontró amplia aceptación, pues estaba dotada de honda seguridad, y evitaba discusiones. Nadie discutía que las cosas hubieran rodado así. Escritos, vitrales, portadas, esculturas, siales de coro, pinturas,... son reflejo de la aceptación común³.

5. El credo apostólico y los artículos de la fe

De momento, es preferible dejar así las cosas, para volver la vista a otro formulario que expresaba la fe cristiana con arreglo a patrones bien diferentes. La larga transmisión de la fe, de generación en generación, había llegado hasta la Edad Media tanto por la repetición individual como colectiva. Parece que hay que situar hacia el siglo VI la inclusión de la profesión de la fe en la celebración de la eucaristía⁴. Este uso litúrgico aglutinaba el sentir de cada uno de los creyentes, que se fundían en una sola voz, en una misma profesión de fe. No deja de llamar la atención el uso litúrgico tardío, lo que da pie a pensar en un uso personal mucho más difundido, aunque en cada comunidad se utilizara su propia fórmula.

Las formulaciones de la fe que surgieron en los concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381), mucho más elaboradas, precisas, antiheréticas, eran también más difíciles para el pueblo sencillo. No existe certeza, en cada caso, en cada comunidad, acerca de qué fórmula pudo ir haciéndose presente en el uso litúrgico, pero la preferente aceptación del llamado “credo romano” y también “credo apostólico” pudo dar pie a un empleo común de esta fórmula de fe, que es más breve, más sencilla, y con un desarrollo más lineal.

³ LA ROSA, Luigi, “...E grideranno le pietre”, en *Itinerarium* 13 (2005) 157-168); RESINES, Luis, “...Y piedras y pinturas continúan gritando”, en *Itinerarium* 14 (2006) 215-226 y 241-254.

⁴ JUNGSMANN, Josef Andreas, *El sacrificio de la misa*, BAC, Madrid², 1963, 516 precisa que por primera vez Timoteo, patriarca de Constantinopla (511-517) ordenó incluirlo en la misa.

Así las cosas, hay que situarse en el siglo XIII, con la intervención de santo Tomás de Aquino. Él confiesa en su *Summa Theologica* que no le convencía plenamente el esquema con el que se habían articulado las afirmaciones del “credo apostólico”, ya que no presentaban muchas cuestiones de fe, no incluidas en sus frases. Él propuso en la *Summa Theologica* (2^a-2^{ae}, q. 1, a. 8-9) otra formulación con siete afirmaciones respecto a la divinidad y otras siete respecto a la humanidad de Jesús. También se encuentra la explicación de los artículos de la fe en la obra segura de Tomás de Aquino, escrita entre 1261 y 1268, titulada *De articulis fidei et sacramentis Ecclesiae*⁵.

La primera septena que ideó contemplaba lo relativo a Dios, en su unidad, en sus tres personas, y en algunos de los atributos divinos (emplea la palabra “efectos”); y la segunda septena se centraba en la encarnación de Jesús, su actividad, y promesa de su retorno. Esta reorganización difiere claramente de la recitación simple del credo apostólico, y además no se contemplan las mismas afirmaciones de la fe en los dos formularios.

Tampoco quedó plenamente satisfecho con su elaboración, puesto que permanecían sin explicitar en ella otras enseñanzas como eran los sacramentos y muy en particular la eucaristía, de la que era tan devoto. Pero la gran importancia que se otorgó a lo que santo Tomás ofrecía trajo consigo una notable aceptación general⁶.

La consecuencia resulta evidente: coexistieron dos formularios, el llamado “credo apostólico” y el compendio denominado “artículos de la fe”. Ambos trataban de presentar la fe cristiana sin que quedaran dudas a los creyentes. Ambos se apoyaban en un aval que se fundaba en un caso en que los propios apóstoles lo habían expresado así, y, en el otro caso, que procedía de un teólogo de renombre universal en toda la Iglesia. El primer formulario contaba con la fuerza de la tradición; el segundo con el prestigio de la novedad y del tino teológico de su autor.

⁵ Esta obra está integrada entre las que aparecen en el libro de SARANYANA, José Ignacio (ed.), *Santo Tomás de Aquino. Escritos de catequesis*, (= Patmos. Libros de Espiritualidad, 155), Rialp, Madrid, 1975². Puede cotejarse con la relación de las obras de santo Tomás en RAMÍREZ, Santiago, *Introducción a Santo Tomás de Aquino*, (= Minor, 36), BAC, Madrid, 1970, 96-98. CÁMARA, Alfonso de, *Tractatus de Doctrina Christiana*, Sevilla, 1496, f. 178v, en marginal hace referencia a la obra de Tomás de Aquino: “scilicet, unitas divinae essentiae personarum, et effectus divinae virtutis” (= “a saber, unidad de la divina esencia de las personas y efectos del poder divino”).

⁶ RESINES, Luis, Los artículos de la fe. Manuscrito del siglo XV, en *Estudio Agustinianno*, 55 (2020) 631-665.

Pero la consecuencia para el pueblo llano (y para numerosos curas, analfabetos integrales) era desconcertante: uno contenía doce afirmaciones, que designaban a un apóstol por vocero, mientras que el otro formulario disponía de catorce sentencias, distribuidas en dos septenas. Doce y catorce no coincidían. Y los intentos de concordarlas no hacían más que complicar la cuestión, puesto que los asertos de ambos formularios tampoco coincidían más que parcialmente, y ni siquiera había acuerdo en el orden que cada uno seguía. La desorientación estaba servida.

¿Por cuál decantarse? El “credo apostólico” sigue un orden más lineal y sencillo: Dios Padre creador, Jesús, su trayectoria histórica y la promesa de su retorno, y el Espíritu, además de unas afirmaciones finales (la Iglesia,...). Los “artículos de la fe”, no hablaban de las últimas afirmaciones del anterior, y a cambio ofrecían otros atributos divinos. Por si esto fuera poco, ya en el siglo XI hay un valioso testimonio del empleo de estos dos, más otros credos de uso más restringido: el “apostólico” se utilizaba a diario en el rezo del oficio divino, y el que procedía de Nicea y Constantinopla los domingos en la celebración de la misa⁷; además, el símbolo llamado “atanasiano” (atribuido a san Atanasio) era usado por los clérigos en el rezo de prima⁸.

El empleo mayoritario en los catecismos medievales conocidos se inclinó por el uso de los “artículos de la fe”, dejando el “credo apostólico” para la piedad personal, incluido en las que se conocían como “cuatro oraciones”: padrenuestro, avemaría, credo y salve. Sería demasiado largo justificar la afirmación precedente, aunque no imposible. Por lo mismo,

⁷ Es bastante probable que fuera en el siglo VI, en España, concretamente en Levante, donde se incorporó como una práctica habitual la recitación del credo en el transcurso de la misa, tras la conversión de Recaredo (589); la introducción y uso habitual en Roma aún tardó varios siglos, a comienzos del siglo XI, hacia el 1014: JUNGSMANN, Joseph Andreas, *El sacrificio de la misa*, BAC, Madrid², 1963, 517-518.

⁸ El *Catecismo cesaraugustano* propone la siguiente enseñanza: “Queritur: quot sunt simboli?. Respondeo: IIIor. / Primus est, *Credo in Deum*. / Secundus est, *Credo in unum Deum*. / Tertius est, *Quicumque vult*. / Quartus est, *Firmiter credimus*. / Quero: quis fecit primum? Respondeo: Apostoli. / Quis fecit secundum? R. Nicena sinodus. / Quis fecit tertium? R. Athanasius. / Quis quartum? R. Innocentius IIIus, in concilio generali”. (Pregunta: ¿Cuántos símbolos hay? Respuesta: Cuatro / El primero es: *Creo en Dios*. / El segundo es: *Creo en un solo Dios*. / El tercero es: *Todo el que quiera*. / El cuarto es: *Firmemente creemos*. Pregunta: ¿Quién hizo el primero? Respuesta: Los apóstoles. / ¿Quién hizo el segundo? R. El sínodo de Nicea. / ¿Quién hizo el tercero? R. San Atanasio. / ¿Quién hizo el cuarto? R. Inocencio III en el concilio general [IV de Letrán]).

son más comunes las explicaciones sobre los artículos de la fe, que sobre el credo apostólico. Esto añade un valor suplementario al manuscrito objeto de este artículo, que versa sobre el formulario menos utilizado, y no lo devalúa con una justificación rápida y mal trabada, sino todo lo contrario. Eso sí, el autor apunta en el esbozo de catecismo que propone que se desarrolle el formulario de los artículos de la fe, pero sin decir una palabra sobre la afinidad y las diferencias entre los dos formularios.

6. Siguiendo el “credo apostólico”

La decisión que tomó el desconocido autor de este manuscrito fue la de proporcionar a sus lectores una explicación del “credo apostólico”, conocido simple y ordinariamente como “el credo”, como si no hubiera otros.

El autor asume el texto tradicional, sin variación alguna, y añade explicaciones a cada una de las frases o artículos. Es evidente que con ello pretendía una mejor comprensión, de manera que el lector pudiera disponer de una formación a la que remitir, que le haría ver las cosas con mayor claridad cada vez que lo recitara. Pero el elevado nivel de las explicaciones que ofrece descartaría a posibles lectores de preparación escasa.

El hecho de asumir este formulario llevaba aparejado, para el autor (y también para su entorno), aceptar que cada una de las frases había sido pronunciada por un determinado apóstol. Hasta aquí cabría hablar de absoluta normalidad, pues negar algo aceptado por todos hubiera sido inimaginable. Sin embargo, una prueba evidente de que el autor del manuscrito disponía de buena formación es que deja caer la duda, sin pasar más lejos, en un par de ocasiones:

Pedro dijo: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”.

Juan evangelista dijo: “Creo en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor”.

Santiago de Zebedeo dijo: “Que fue concebido del Espíritu Santo, nacido de María virgen”.

Andrés dijo: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”.

Tomás dijo (según algunos): “Descendió a los infiernos”.

Bartolomé dijo (o Tomás, según algunos): “El tercer día resucitó de entre los muertos”.

Felipe dijo: “Subió a los cielos. Está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso”.

Mateo dijo: “Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”.

Santiago de Alfeo dijo: “Creo en el Espíritu Santo”.

Simón dijo: “La santa Iglesia católica”.

Tadeo dijo: “La comunión de los santos, el perdón de los pecados”.

Matías dijo: “Resurrección de la carne, vida eterna. Amen”.

Las asignaciones personales están suficientemente claras salvo en los casos de Tomás y Bartolomé. Bien porque el autor del manuscrito no tenía claras estas dos, por si hubiera que hacer un intercambio entre ellos, bien porque había consultado además otros textos y las asignaciones comenzaban a parecerle confusas; pero no se arriesgó a más y no decidió denunciar otras.

En este segundo caso, es evidente que tenía motivos fundados para dudar. De hecho, la consulta actual de otras fuentes permite comprobar que las variaciones eran abundantes; pero si no se producía tal contraste, cada uno seguía y difundía un criterio que era aceptado por quienes vivían en una misma zona geográfica o seguían a un autor. El cuadro adjunto sirve de comprobación:

Orden cronológico	1ª TRADICIÓN				2ª TRADICIÓN		
	2º	3º	5º	6º		1º	4º
ARTÍCULOS DEL CREDO	Pedro Pascual 1299	Pedro de Cuéllar 1325	Latino italiano S. XIV	Cisneros 1498	ARTÍCULOS DEL CREDO	Anónimo Cordobés S. X	Pedro de Veragüe 1380
1. Credo in Deum Patrem omnipotentem creatorem coeli et terrae	Pedro	Pedro	Pedro	Pedro	Credo in Deum Patrem omnipotentem creatorem coeli et terrae	Pedro	Pedro

2. Et in Ihesum Christum filium ejus unicum	Andrés	Andrés	Andrés	Andrés	et in Jesum Christum filium ejus unicum Deum et Dominum nostrum	Juan	Juan
3. Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine	Juan	Santiago	Santiago	Santiago	Natum de Maria virgine per Spiritum Sanctum	Santiago	Santiago
4. Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus et sepultus	Santiago el Mayor	Juan	Juan	Juan	Passum sub Pontio Pilato, crucifixum et sepultum	Andrés	Andrés
5. Descendit ad inferos; tertia die resurrexit a mortuis	Tomás	Tomás	Tomás	Tomás	Descendit ad inferna	Felipe	Felipe
6. Ascendit ad celos; sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis	Santiago Alfeo	Santiago Alfeo	Santiago Menor	Santiago Menor	Tertia die resurrexit	Tomás	Tomás
7. Inde venturus est iudicare vivos et mortuos	Felipe	Felipe	Felipe	Felipe	Ascendit in caelos, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis	Bartolomé	Bartolomé
8. Credo in Spiritum Sanctum	Bartolomé	Bartolomé	Bartolomé	Bartolomé	Inde venturus est iudicare vivos et mortuos	Mateo	Mateo
9. Sanctam Ecclesiam catholicam, sanctorum communionem	Mateo: Ecclesiam catholicam	Mateo	Mateo: Ecclesiam catholicam	Mateo	Credo in Spiritum sanctum	Santiago Alfeo	Santiago Alfeo
10. Remissionem peccatorum	Simón: Sanctorum communio- nem, remisionem peccatorum	Simón	Simón: Sanctorum communionem, remisionem peccatorum	Simón	Credo in Ecclesiam Sanctam	Simón Zelotes	Simón

11. Carnis resurrectionem	Judas Tadeo	Judas Tadeo	Judas Tadeo	Judas Tadeo	Per Baptismum sanctum remissionem peccatorum	Judas Tadeo	Bernabé (¿Bartolomé?)
12. Vitam aeternam	Matías	Matías	Matías	Matías	Carnis resurrectionem in vitam aeternam	Matías	Matías: resurrección, juicio

Es posible verificar que el autor de este manuscrito no tuvo en cuenta ninguna de las asignaciones que figuran arriba. Sorprende comprobar que la que el manuscrito da por distribución casi segura (excepto las dudas de Tomás - Bartolomé) coincide plenamente con la que aparece esculpida en piedra en la portada de Santa María di Gesù, en Sicilia. Es arriesgado imaginar un vínculo entre la isla italiana y el lugar de residencia del desconocido autor. Por eso, resulta más sencillo suponer que cada autor exponía las respectivas indicaciones de acuerdo con lo que había llegado hasta él, sin preocuparse de más. De hecho, aún conozco otras distribuciones diferentes de las del cuadro anterior. Esto deja clara la anarquía generalizada, aunque todos, salvo nuestro autor, que manifiesta sus dudas, lo presentaban con plena garantía de seguridad, convencidos de que nadie discutiría lo que afirmaban.

Lo que importaba era la presentación del credo, mientras que la distribución por frases o la asignación a un apóstol o a otro terminaban por ser elementos secundarios.

II. ANÁLISIS DEL MANUSCRITO

1. Parte primera. Exposición del Credo

Esa parte constituye, sin duda, lo más notable del manuscrito, su contenido sustancial; como todo en él, carece de título propio. La articulación de la parte primera se estructura en doce apartados que corresponden a los doce artículos del credo apostólico, con la asignación a cada apóstol en particular, que cumplen la función de doce epígrafes a lo largo del texto. Sin embargo, hay que marcar una excepción, puesto que, a modo de introducción, o si se prefiere, como parte integrante de la misma exposición, en el primer artículo que se asigna a Pedro hay un largo discurso sobre el acto de creer, sobre la fe.

a. Pedro dijo: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”

El primer artículo está organizado de esta forma minuciosa:

- credo: explica en qué consiste el creer;
- in Deum: explica los distintos modos de aproximarse a Dios;
- Padre todopoderoso: diferencia omnipotencia de arbitrariedad;
- Creador: detalla el contenido del término.

Tras las dos primeras secciones indicadas aparece la palabra “continuación”, para dar a entender que aún no ha concluido la exposición del primer artículo, sino que lo subdivide.

Sección primera: Credo. Ofrece una doble definición del vocablo “credo”, ya en la forma de sustantivo y no en la forma verbal. La primera definición es el punto de partida de la exposición, y la segunda es el colofón de esta primera sección. No hay más remedio que destacar la importancia que da a la aceptación voluntaria, ya que la fe forzada no tendría valor alguno; y la base en que se sustenta es lo que está contenido en la escritura.

Por ello sigue una escala en cuanto a la aceptación de conocimientos, con la que paulatinamente se aproxima a la fe: primero el conocimiento por los sentidos, en particular la vista, que puede ser limitado, o erróneo; de ahí pasa al conocimiento percibido por el entendimiento, que supera a los sentidos, y que llega a formarse una idea más completa y perfecta de lo conocido. El tercer paso lo constituye la fe, que supone un conocimiento superior y más perfecto, fiado en Dios. A la fe le supera todavía el estadio siguiente, el de la revelación, en el cual todo conocimiento anterior queda sobrepasado por la libre manifestación que Dios hace a quienes ha querido expresar su voluntad por inspiración.

Sección segunda: in Deum. Con una evidente deriva teológica, se mete de lleno en la cuestión de diferenciar qué es creer que Dios existe (“credere Deum”), creer a Dios y lo que dice (“Credere Deo”), y creer en Dios (“credere in Deum”). Sólo este último aspecto es el que constituye la verdadera fe, y sólo él es el que justifica al hombre ante Dios. Los otros dos (afirmar su existencia, y creer que sus palabras son ciertas) no transforman al hombre en creyente. Se puede apreciar la enorme carga teológica que lleva consigo esta exposición, lo cual permite suponer que se trataba de una exposición del credo destinada a personas letradas,

con una cierta preparación; a la inmensa mayoría de los laicos y a no pocos clérigos esta explicación les venía demasiado grande. Esta es una pista indirecta que permite por deducción suponer los destinatarios del manuscrito. Por si aún fuera poco elevado el tono de la exposición, en este mismo apartado indica que Dios “está en todas las cosas según la esencia, presencia y potencia”⁹: evidentemente se trata de un tecnicismo de expresión filosófica que asegura con todas las razones posibles la presencia inmutable y permanente de Dios en todo el universo. Es notorio que esto no era fácilmente entendido por personas carentes de preparación y de cultura. Constituye, por tanto, un nuevo trazo para pensar en destinatarios de cuidada formación.

Sección tercera: Omnipotente. Con un lenguaje claramente filosófico, distingue entre la potencia absoluta, sin límite alguno, que conduciría a la arbitrariedad, y la potencia ordenada, que regula su actuación con arreglo a la sabiduría, la misericordia y la justicia, como cualidades que brotan del mismo ser de Dios, quien, por definición, no obra el mal. La diferencia indicada entre potencia absoluta y potencia ordenada ratifica la impresión de quiénes fueron los destinatarios del texto.

Sección cuarta: Creador. De nuevo hace una triple diferenciación sobre este término, separando “origen”, “creador” y “agente”¹⁰, para marcar diversos modos de que algo se designe con esas expresiones precisas. De nuevo, esta sutil distinción ratifica el convencimiento de que los destinatarios del manuscrito eran personas de un nivel notable, capaces de percibir las diferencias.

b. Juan evangelista dijo: “Creo en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor.”

Casi repitiendo el esquema del artículo anterior, el segundo artículo diferencia cuatro apartados que explica por separado, aun con una brevedad que no tiene nada que ver con la amplitud que había concedido al artículo primero. Antes de ir detallando cada sección, hace una afirmación básica, nuclear: «Juan creyó en su divinidad y en su humanidad» [de Jesús]. Las secciones son:

- Jesús: expresa el sentido del nombre propio;
- Cristo: lo presenta como confesión de la humanidad;

⁹ Hay que remitir en este punto a GREGORIO MAGNO, *Glosa ordinaria super Cant.* 5, 7; y TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, I, q. 8, a. 3.

¹⁰ El texto latino diferencia en este caso entre “genitor”, “creator” y “factor”.

- Su Hijo: lo entiende como afirmación de la divinidad;
- Nuestro Señor: remite a la unidad de las personas divinas.

c. Santiago de Zebedeo dijo: “Que fue concebido del Espíritu Santo, nacido de María virgen?”

La explicación de este artículo parte de la afirmación de que tanto la concepción como el nacimiento de Jesús tuvieron lugar sin mancha de pecado, al ser obra divina. Podría deducirse la afirmación de que María era inmaculada, pero desde luego el texto no lo señala. Además, incluye otra valiosa enseñanza (cabría preguntarse si el autor no podría haberla ubicado en otro momento): que a Jesús lo llamamos la Palabra de Dios, y también la palabra nuestra. Sin dejar de estar en Dios, Jesús se hace carne humana en plenitud, visible, palpable, que comparte la suerte misma de todos los hombres. La Palabra habitó entre nosotros.

d. Andrés dijo: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”

El comentario al cuarto artículo podría resultar breve, podría resultar casi esquemático si nos fijáramos nada más en los dos textos bíblicos bien aducidos. No hace comentario alguno a ningún pasaje de la pasión. Sin embargo, lo que resulta breve, al suponer en el lector el conocimiento de la pasión de Jesús, se alarga de manera excepcional, puesto que el autor echa mano de dos imágenes alegóricas que se habían empleado con cierta frecuencia para hablar de la pasión de Jesús. La primera es la del pelícano que se hiere a sí mismo y con su sangre vivifica a sus pollos muertos; la segunda es la de la legendaria ave fénix que resurge de sus cenizas y recupera la vida perdida¹¹.

El autor, en este punto particular, hace uso de la doble alegoría, como la cosa más natural del mundo, sin tomar distancia entre los hechos históricos de la pasión de Jesús y las ficciones de las dos leyendas. Sin duda se dejó arrastrar por la aceptación general que encontraba en el medio en que escribió, y que le resultaba completamente natural.

¹¹ GRISON, P., “Pelícano” y “Fénix”, en CHEVALIER, J.- GHEERBRANT, A., *Diccionario de los símbolos*, Herder, Barcelona, 1987, 810 y 495-496; CRESPI I MAS, Enric, *Animales fantásticos*, Alonga, Madrid, 1988, 134: “Fénix”; AGUDO, Mario, *El bestiario de las catedrales*, Almuzara, Córdoba, 2019, 147-150: “Pelícano”; 150-153: “Fénix”.

e. Tomás dijo (según algunos): “Descendió a los infiernos”

En la frase que identifica lo pronunciado por Tomás, aparece la primera sombra de duda sobre su asignación exacta. El mismo hecho de dejar constancia de la duda, manifiesta que el autor del manuscrito tenía voluntad de ser preciso y no quería en modo alguno desorientar a sus lectores en caso de que el texto cayera en manos de alguien que conociera otra tradición en las frases que pronunció cada apóstol.

En cuanto a la afirmación sobre el descenso a los infiernos, lo presenta como la victoria obtenida por Jesús con su muerte: ha derrotado a su enemigo, y, además, le ha despojado del botín que había acumulado. Expresamente aparece que el enemigo es, personalizado, Satanás. Y entiende el enfrentamiento como el combate singular de dos campeones en la palestra: el ganador se lleva todos los triunfos y felicitaciones, y el perdedor, humillado, queda despojado. Es una curiosa y nada frecuente explicación de este artículo del Credo. Por otra parte, añade una recomendación espiritual de que mentalmente pensemos en el infierno para evitarlo, y en el purgatorio para ayudar a sus residentes. En esta ocasión se trata del único momento en que cita a un autor no bíblico, san Bernardo¹².

f. Bartolomé dijo (o Tomás, según algunos): “El tercer día resucitó de entre los muertos”

La misma duda de la asignación del artículo precedente aparece de nuevo, a fin de dejar las cosas en su sitio.

Cabría pensar que éste sería el lugar más indicado para insertar la leyenda del ave fénix, que recupera su vida desde las cenizas; pero el autor decidió insertarla en otro momento. Por el contrario, aquí presenta a Jesús como el “león de Judá”, y le contempla con un sonoro rugido que espabila a sus dormidos o aletargados cachorros. La veracidad de esto dista mucho del comportamiento de este animal. Pero el autor pone el acento en que, al resucitar, Jesús dotó a los suyos de fuerza para superar el error, el temor y el dolor que su muerte les había producido. Ciertamente no es lo más importante que se puede afirmar sobre la resurrección.

g. Felipe dijo: “Subió a los cielos. Está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso”

¹² Al tratarse de una llamada tan genérica, no hay precisión posible. Podría remitir a *Sermones de santos. En la fiesta de todos los santos*, sermón 4, 1 (BERNARDO, San, *Obras completas*, BAC, Madrid, 1943, 784).

La presentación de este artículo dispone de una buena base bíblica explícita, y el comentario que se encuentra en el manuscrito indica cuatro frutos o bienes que se derivan de la ascensión de Jesús; el más llamativo de los cuatro es que Jesús presenta sus cicatrices ante el Padre, como un Dios al que hay que aplacar, para que no descargue su enojo sobre los hombres.

h. Mateo dijo: “Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”

La justificación del presente artículo del credo resulta breve, si bien permite hacer una clasificación triple, en lugar de doble, como cabría esperar de los dos adjetivos («vivos y muertos»). Pues además de los vivos y muertos, o los buenos y los malos, con su respectiva suerte, aparece una tercera categoría, la de los infieles, que no están incluidos en las anteriores, porque ya están previamente juzgados. Es decir, se toman las palabras del evangelio como una exclusión absoluta de los infieles, los no cristianos, que ya están vetados por el hecho mismo de serlo. Aunque en este artículo no aparece la palabra «Iglesia», los infieles están excluidos de la salvación, pues no se integran en ella. Y el artículo se interpreta sólo como discernimiento entre los miembros de la Iglesia, de los cuales unos recibirán premio y otros castigo. El manuscrito, difundido en un ambiente de plena cristiandad, asume este criterio común entonces.

i. Santiago de Alfeo dijo: “Creo en el Espíritu Santo”

El autor comenta este artículo noveno al afirmar la plena identidad del Espíritu con el Padre y el Hijo, con los que está indisolublemente unido. Sin citarlas, de alguna forma están presentes las disputas teológicas del concilio de Constantinopla (381) en torno a la procedencia del Espíritu Santo.

Enseña también que el Espíritu desciende a nosotros de forma espiritual, y que aceptarlo lleva aparejada la renuncia a tres tipos de amor, incompatibles con el amor de Dios: el amor terreno o a las realidades del mundo, el amor carnal o sexual, y el amor propio o egoísmo.

j. Simón dijo: “La santa Iglesia católica”

Ya que el manuscrito apenas ofrece definiciones, tampoco aparece aquí ninguna sobre la Iglesia; simplemente da por conocido el concepto, que no necesita ser aclarado. Se podría remitir a lo que da a entender sobre el artículo octavo, al excluir a los infieles de la salvación, por ser ajenos a la Iglesia.

En cambio, se centra en tres porciones de la iglesia diferenciadas entre sí: los que viven en el mundo presente; quienes están ya en el cielo; y los que permanecen en el purgatorio. Los primeros no tiene seguridad en su salvación; los segundos disfrutan de seguridad plena; los últimos tienen la esperanza cierta de que la poseerán. Al señalar los tres bloques, el autor da por conocido y no explicado quiénes forman parte de cada grupo y por qué. Estimó que con diferenciar los tres apartados era suficiente para que fuera entendido lo que quería decir.

k. Tadeo dijo: “La comunión de los santos, el perdón de los pecados”

Dado que la distribución del credo en doce frases o artículos es completamente artificial, en ocasiones se ha unido la primera afirmación de esta frase con el artículo anterior (y se ha diferenciado como diversa la segunda afirmación como artículo independiente). En este caso, ambas frases aparecen unidas entre sí, en boca de un único apóstol.

Pero la realidad de la enseñanza que propone la explicación permitía que lo relativo a la Iglesia y a la comunión de los santos fueran enseñanzas unidas: se centra en la íntima unidad de todos los integrantes de la Iglesia, estén en el grupo que estén; unos y otros se comunican y ayudan con oraciones por la razón básica que consta explícita: «somos miembros unos de otros», por lo cual hemos de ayudarnos en solidaridad.

Sin mayor diferencia caligráfica, aunque sí en los conceptos, la otra frase del artículo contempla el don del perdón de los pecados como una potestad que reside en la Iglesia. Se concreta en el bautismo, la penitencia y «otros sacramentos» que no determina. Parece que hay que deducir de aquí que los sacramentos en conjunto son entendidos como instrumentos para obtener el perdón, con una consideración sesgada, acorde con criterios medievales, muy distante de la concepción actual de los sacramentos¹³. En cambio, es muy valiosa la afirmación de que todos los sacramentos proceden del costado de Cristo; con ello deja claro que no resultan invención de la Iglesia.

Esto lleva por último a un rechazo expreso a aquellas personas que reciben un sacramento, o realizan una profesión de fe ficticiamente; su falsedad anula cuanto bien pudiera proporcionarles cualquier sacramento.

¹³ CÁMARA, Alfonso de, *Epitome seu tractatu de sacramentis cum libello de doctrina christiana*, Sevilla, 1496, f. 184r señala que “sacramenta nove legis que Christus instituit in remedium infirmitatis humane sunt septem” (= “Son siete los sacramentos de la nueva ley que Cristo instituyó para remedio de la debilidad humana”).

l. Matías dijo: “Resurrección de la carne, vida eterna. Amen”

El último artículo del credo contiene una doble afirmación, una doble enseñanza. Lo que muestra respecto a la resurrección de los mortales podría haberse unido a la explicación del artículo octavo, acerca del juicio de Jesús sobre la humanidad. La resurrección se presenta como hecho dual: resurrección para la vida destinada a los buenos, o resurrección para condena reservada a los malos. Por eso afirma que los malos resucitarán, sí, pero continúan muertos para la muerte definitiva, excluidos de la vida.

Esto conduce a la breve explicación sobre el sentido de la eternidad, tras la resurrección final; vuelve a recordar el purgatorio, pues, para quienes estaban en estado de purificación, la esperanza de la salvación dará el paso a su destino final.

Esta referencia a la salvación definitiva da pie a una invocación en forma de súplica, para que Dios nos dé la salvación. Se cambia el estilo magisterial de la explicación, por el tono devocional de la oración.

2. Segunda parte - Credo abreviado

En el manuscrito no hay una sola palabra para justificar la inclusión de este segundo credo. Se podría suponer que era otra explicación diversa de la anterior, pero no es así. Lo que aparece es una explicación similar a la anterior, con la diferencia de que todos los párrafos son mucho más abreviados. Para cada uno de los artículos (asignado al mismo apóstol) desfilan las mismas ideas, siempre más compendiadas, pero que en el fondo no difieren nada de la explicación precedente.

Se puede suponer que el autor desconocido, tras haber exployado una justificación más desarrollada, hubiese pensado en otra mucho más compendiada, que contuviera las mismas ideas en menor extensión. Pero no es tan breve como para que resultara una exposición sencilla, que pudiera aprenderse de memoria. No es así. Hay que pensar, por consiguiente, que pretendió una explicación extensa, en la que aparecen razones y fundamentos para presentar sus afirmaciones, y otra desprovista de todo ese aparato, y expresada con las mismas ideas, pero con mayor brevedad.

Esta segunda figura en el manuscrito a continuación de la otra, por lo que tampoco hay que pensar en que, pasado el tiempo y vistas algunas dificultades, optara por hacer una presentación más sencilla. Resulta poco común disponer de dos, conectadas entre sí por las mismas ideas.

Es más frecuente una explicación extensa, y otra muy compendiada, casi sintética, y reducida a las más notables ideas en fórmulas mínimas. Estamos, por tanto, ante un caso singular.

3. Tercera parte - Protestación de la fe

Tras un folio en blanco, pero con el mismo tipo de letra y factura, que no apuntan a otro autor, aparece una protestación de la fe. En el sentido más genuino de la palabra «protestar», lo que el autor hace es manifestar de forma pública, con cierta solemnidad, cuáles son sus convencimientos personales, de los que está seguro y en los que quiere vivir y morir.

Aparece, pues, una declaración que de forma evidente muestra la formación del autor, al asumir como propios el “credo en Dios”, o credo apostólico; el “creo en un sólo Dios”, conocido con el nombre de niceno-constantinopolitano; el credo atanasiano (falsamente atribuido a san Atanasio), cuyo inicio es “Todo el que quiera salvarse”. Además, hace explícita adhesión a cuanto enseña la Iglesia, con una visión global, y remata esta proclamación al aceptar cordialmente cuanto se contiene en la escritura, en ambos testamentos.

Tras esta afirmación personalmente asumida, reflexiona sobre el día de su muerte, desconocido, lo que le lleva a una proclamación reiterada, en plena posesión de sus facultades, al declarar que quiere morir «en la santa fe católica».

A esto sigue una petición de perdón por los pecados cometidos, acogiéndose a la misericordia de Dios. Y cierra esta protestación de la fe con una súplica para acogerse a cuantas indulgencias puedan serle otorgadas, para beneficiarse de dispensas y perdones.

A diferencia de las dos partes anteriores, redactadas en tercera persona, como exposición válida para cualquier lector, en este caso la protestación está redactada en primera persona como expresión de sus propios convencimientos. Hubiera sido de desear que estuviera firmada, y así haber podido salir del anonimato. No sucede así, y el autor la propone para que cualquiera que piense y sienta como él pueda hacerla suya con las proposiciones que pone a su disposición. Sin más, concluye con la expresión típica de la oración pública “... que vives ...”.

4. Carga bíblica

El presente manuscrito tiene una categoría excepcional en el aspecto bíblico. Hay que recordar lo ya apuntado sobre los posibles destinatarios del escrito: curas con una cierta formación más allá de lo común, dado que el nivel de preparación del clero dejaba mucho que desear.

A los indicios señalados, hay que añadir la inusual carga bíblica que figura en él, unas veces de forma implícita aunque clara, y otras de forma explícita, incluso con la referencia para que la cita pudiera ser consultada. Esto no es nada frecuente.

Todas las alusiones bíblicas aparecen en la primera de las tres partes del contenido, pues el credo abreviado no da lugar a ello y la protestación de la fe tiene forma de declaración personal y de oración. Por tanto, hay que considerar que en los 28 folios de la primera parte (14 en recto y en vuelto) aparecen nada menos que 32 referencias bíblicas; como media, más de una por folio. Equivale a valorar con alta consideración el nivel de preparación del autor, que ha consultado el texto bíblico y sabe citarlo con oportunidad.

En la traducción del texto están contempladas cada una de las ocasiones en que el autor cita la biblia, lo que permite verificar el trasfondo de la escritura. Esto no aparece cuando se expone en consideraciones teológicas y filosóficas sobre el hecho de creer y las explicaciones que ofrece; pero una vez concluida esta parte inicial, la biblia aparece con frecuencia como algo natural. Hay que añadir, además, otra consideración, doble. Por un lado, en la definición que ofrece de “credo”, asume como firme lo que «está dicho en la sagrada escritura», y también «en la santa escritura recibida por divina revelación», cuando repite la definición. Por otro lado, en la protestación final de la fe, asume como propio cuanto se contiene en diversos credos y afirma sin titubeos: «lo que debe ser creído con fe católica y se contiene en la sagrada escritura, tanto en el nuevo como en el antiguo testamento».

Es incuestionable no sólo el conocimiento, sino también la consideración de aceptación cordial que la escritura supuso para el autor del manuscrito.

5. Tono catequético

Comencé el artículo asegurando que el manuscrito tiene un tono catequético evidente. Es así, puesto que cualquier catecismo debidamente organizado ha de presentar lo que los cristianos creemos, y exponerlo con las mejores razones para que los creyentes ilustren su fe.

En el caso presente, las explicaciones que el texto ofrece no son en todos los casos catequéticas, ni servirían para asegurar una fe cristiana, dado que, con frecuencia deja cosas sin definir, y, con mucha más frecuencia, da por supuestos otros muchos conocimientos: cuál es el mensaje de Jesús, por qué fue ejecutado, las consecuencias de su resurrección para los creyentes, quién es el Espíritu Santo, qué es la Iglesia, qué papel ocupan los sacramentos,... No hay más remedio que asegurar que el manuscrito no es un catecismo propiamente dicho.

Sin embargo, hay una parcela del texto en que perfila lo que un catecismo ha de enseñar, y lo propone para que otros lo realicen. Se trata de la parte extensa en que comenta el primer artículo del credo, y en la que diferencia las tres clases de conocimientos respecto de Dios: creer que Dios existe, creer lo que Dios dice, y creer en Dios. En la segunda cuestión, la que constituye las enseñanzas que Dios comunica a los hombres, afirma:

Respecto a lo segundo, es decir, «creer a Dios», creemos sus palabras. Las palabras [o mandatos] que debemos creer son sólo cinco:

primero, nos enseña con su palabra lo que creamos; para ello, los artículos de la fe;

segundo, nos enseña con su palabra lo que hagamos; para ello, sus mandamientos;

tercero, nos enseña con su palabra que esperemos; a saber, la gloria eterna;

cuarto, nos enseña que nos preservemos; a saber, de los pecados y de los vicios;

quinto, nos enseña con su palabra lo que debemos temer: la condenación eterna y las penas del infierno.

Aquí aparece esbozado un catecismo, y concretamente un catecismo medieval, organizado en cinco apartados: 1º: los artículos de la fe; 2º: los mandamientos; 3º: la gloria a esperar; 4º: los pecados a evitar; 5º: la condenación a temer. Al comparar este esquema con el del más notable catecismo, contemporáneo del manuscrito (1322), aparecen claras resonancias, y algunas desemejanzas:

Catecismo de Valladolid (1322)

- la fe: 1º: artículos de la fe
- 2º: sacramentos
- las costumbres: 3º: mandamientos
- 4º: virtudes
- 5º: pecados

Credo por los apóstoles (s. XIV-XV)

- la fe: 1º: artículos de la fe
- 2º: los mandamientos
- 3º: la gloria a esperar
- 4º: los pecados a evitar
- 5º: la condenación a temer

El autor del manuscrito no desconoce el esquema de un catecismo, y lo deja reflejado para que alguien pueda emprenderlo, aunque no sea ésta su finalidad, que discurre por otro camino.

CONCLUSIÓN

Como cualquier otro comentario al credo, predomina en la obra un estilo catequético puesto que lo que se ventila sobre todo es la presentación y justificación de la fe, al menos en su aspecto teórico, en la presentación sintética de los principales convencimientos, que el cristiano ha de hacer suyos de modo personal. Es cierto que el creyente no ha de limitarse a “saber”, a ser “sabio”, puesto que son cosas bien distintas. Pero el creyente que ignora mal puede señalar dónde están sus convencimientos y mal puede distinguir la verdad del error. Ser creyente es mucho más que conocer la teoría cristiana, pero en prácticamente todos los catecismos, de cualquier época o lugar ha habido una explicitación de los criterios fundamentales y de las nociones básicas.

De ahí que esta explicación del credo pueda insertarse con normalidad entre otros catecismos. Habría que señalar que, tal como está, es una explicación incompleta de la fe cristiana, a la que habría que añadir muchos otros aspectos sobre la oración, la conducta, los criterios evangélicos, el cuidado y la práctica de la fe,... Con esas limitaciones, sin forzar las cosas, se puede incluir éste entre otros muchos escritos que contribuyeron en su medida a transmitir la fe de unas generaciones a otras.

Transcripción del

CREDO PER APOSTOLOS DICTUM

[Primera parte - Explicación del credo]

[1r] Petrus dixit: Credo in Deum Patrem omnipotentem
creatorem celli et terre.

Credo exponitur sic: Credo, id est, voluntaria suiectioe et humilis intellectum meum inclino ad tenendum firmiter et considerandum sincere quod ita sit quia admodum dicitur in sancta scriptura.

Hoc sic explanatur: Nam in veritate rerum cognoscendam videre oculorum perficitur per intelligere intellectus. Intelligere intellectus perficitur per credere fidei. Credere ipsius fidei perficitur per revelationem factam viris perfectis.

Primo in unitate rerum dicenda videre perficitur per intelligere. Lux enim solis corporalis anteponitur oculis [1v] nostris ad videndum. Oculi tamen nostri, sic se habent ad lucem solis quod non vident totam lucem, sed partem lucis et illa pars lucis corporalis quam vident oculi carnis est minor et obscurior. Pars vero lucis illius quam non vident oculi nostri est maior et purior. Si, ergo, nos volumus dicere veritatem de luce solis nos debemus loqui de illa secundum quod percipitur ab oculis corporeis quia sic loquendo imperfecte et ex quadam partem tangenti veritatem de luce solis. Sed si loquimur de illa non respectu oculorum sed in ordine ad nostrum intellectum qui intelligere intellectus noster intelligit illa esse maiorem et puriorem quam percipitur ab oculis, sic videre oculorum respectu lucis percipitur per intelligere intellectus. Intellectus enim intelligit quod oculus corporalis non attingit [2r] lucem solis in tota sua essentia, sic est quia solum attingit particulam quandam ad quandam impuritatem aliquam obscuritatis. Sicut autem apud videre oculorum perficitur per ipsum intelligere, intellectus in cognitione veritatis quanto ad lucem corporalem, ita intelligere dicere intellectus perficitur per credere ipsius fidei quoad nitatem lucis incomprehensibilis que Deus est.

Hec enim lux proponitur intellectui nostro ad intelligendum sicut lux corporalis oculis carnis ad videndum. Tamen, sicut passio est quod ab istis oculis capitur de illa lux solis, sic passio autem nihil est quod intellectus non capit propria virtute de illa lux qui Deus noster est. Et sicut illud qui non videtur de luce corporali ab oculis nostris est plus purius, ita illi quod absconditur de Deo nostro intellectui est plus ymmo quasi totus.

[2v] Sicut ergo intellectus noster dicit quod lux solis est maior et purior quam oculi carnis sentiant de ea, sic est ut dicitur per intellectus. Ita lux divina incomparabilis maior, purior et perfectior est quam quod intellectus noster de ea capere potest. Et hec dicit credere ipsius fidei perficitur. Ergo intelligere noster intellectus circiter suam que Deus est per credere ipsius fidei rursum cum credere dicit quod intellectus noster se habet ad illam lucem sicut oculus noctue aut vespertilionis ad lucem solis.

Dicit enim quod hec lux que Deus est, est luscens suam manum esuperans quemcumque in totum creatum. Rursus credere nostra fides perficitur per lumen revelationis factam prophetis et apostolis. Fuerunt enim inter homines viventes in hoc seculo velut aquila inter habes et volatilia allia. Aquila enim inferioris nature est a natura hominis quia homo a[nima] rationale est; aquila autem non. Que si comparetur alliis

[3r] avibus altius volat. Et si aquilla comparetur hominibus, et avibus, secundum oculos suos acutius intuetur pre omnibus hominibus et ceteris volatibus. Dicuntur enim naturales per hoc quod directo oculo lucem solis respicit.

Sic sunt prophete et apostoli velut aquile, licet essent iusdem naturae ab hominibus quia rationalis sicut et illi. Inferiores tamen, facti sunt per veram humilitatem. Isti vellut nubes volantes per contemplationem super ceteros contemplantes velut aquile, sublimi elevati sunt. Et lumine veri solis dispositis intellectibus coram revelationis susceperunt quas antiquioribus tradiderunt verbo et scripto; nobis autem scripto tantum.

Crede ergo nostram fidem iuvatur clara visione illorum; que clara visio nobis credendo proponitur. Ergo sicut corporalis visio perficitur melius videndo per intelligere nostro intellectus, et intelligere noster intellectus perficitur in luce divina conspicienda [3v] sub velamine per credere fidei. Ita credere fidei perficitur et firmatur per revelationem factam viris sanctis. Credit ergo oculus carnis intellectui quod ita est ut dicitur de luce corporali ipsius solis. Credit intellectus ipsam fides quod ita est de luce divina, ut dicitur per credere ipsius fidei. Et visio ipsius credere fidei nostram teneat firmiter quod ita est ut sanctis revelatum extitit et traditur in sanctis scripturis.

Crede igitur, dixit Petrus, id est, voluntaria subiectione et humili intellectum meum inclino ad tenendum firmiter et considerandum sincere quod ita sit quid admodum dicitur in sancta scriptura lumine divino revelationis habita.

Sequitur

In Deum. Notandum per expositionem quod est ibi: Crede Deum; Crede Deo; Crede in Deum. Crede Deum refertur ad esse Dei [4r]. Crede Deo refertur ad verba Dei. Crede in Deum refertur ad fructum Dei et possessionem.

Per primum, scilicet, credere Deum credimus Deum esse. Credimus Deum esse bonum, eternum, infinitum, inmutabilis, incircumscripibilis, incomprehensibilis, inefabilis. Primo credimus Deum esse qui omnia visibilia et invisibilia, cum suum esse habent ab esse divino.

Secundum credimus Deum esse bonum quia sicut bonitas est principium cuiuscumque numeri, sic Deus est principium et causa omnium que sunt et ab ipso procedunt omnia. Tamquam ab bono et in

ipsum tendunt tamquam ad bonum, sicut omnis misericordia procedit ab uno et resolvitur ad unum. Tertium credimus ipsum esse eternum quia caret principio et fine. Quartum credimus ipsum esse infinitum quia magnitudo virtutis eius non limitatur ad aliquem terminum nec a parte ante nec a parte post. Quintum credimus ipsum esse inmutabilis [4v] quia quantitate non augetur aut minuitur; longitudine aut brevitate non efficitur longus aut brevis; latitudine non efficitur latus aut finitus; profunditate non efficitur grosus aut gracilis; quia qualitate non qualificatur: calore non calefit, frigore non infrigidatur; humiditate non humectatur; siccitate non desicatur; alteratione non alteratur; infirmitate non debilitatur; quia loci mutatione non mutatur cum ubique sit secundum essentiam, presentiam et potentiam que omnia dicuntur quasi ad naturam divinam.

Credimus etiam ipsum esse incertum incircumscribibilis quia nullo loco clauditur. Credimus ipsum esse incomprehensibilis quia a nullo intellectu creato tam angelico quam humanum comprehenditur. Et finaliter credimus ipsum inefabile [5r] quia deficiunt lingue a narratione eius, quia cum intellectus non capit, lingua non potest perfecte efari.

Per secundum scilicet credere Deo credimus verbis eius. Eius autem verba quibus credere debemus sunt tantum quinque:

- primo verbo docet quid credamus, quia articulos fidei;
- secundo verbo docet quid agamus, quia precepta sua;
- tertio verbo docet quid speremus, quia eternam gloriam;
- quarto docet quid caveamus, quia peccata;

quinto et vitiorum verbo docet quid timere debemus quia dapnationem eternam et penas inferni

Per tertium, scilicet, credere in Deum credimus ipsum esse finem gloriosissimum laborum nostrorum quo frui debemus infirma tensione et eterna possessione nam credere in Deum nichil aliud est quia credendo amare; credendo et amando in eum nos adimplendo verba eius et sic ei ad honorem et membris eius [5v] incorporari. Quia sicut anima vivit diversa membra ad capite in vivo naturali corpore, ita caritas que est amor Dei vivit omnes fideles tamquam membra viva corporis mistica ad capite corporis et membrorum que sunt fideles eius corporis et quorum membrorum Deus capud est [Ef. 5, 30; 4, 15].

Horum autem trium, scilicet, credere Deum, credere Deo, credere in Deum, primum duo bonorum et malorum sunt; per tertium vere solum

quod esse credere in Deum iustificatur impius. Et sic, Petrus credit Deum esse, credit Deo, et credit in Deum, que omnia intelliguntur cum dixit: credo in Deum.

Sequitur

Patrem omnipotentem, creatorem celli et terre. Pro declaratione harum particularium notandum quod omnem agens per intellectum operatur mediantibus tribus, scilicet, voluntate, potentia, sapientia. Et quia Deus est supremum agentium per intellectum, [6r] ideo operatur voluntate, potentia, sapientia mediantibus. Omni enim hec tria requiruntur ad operationem, quorum, si deficit unum, non egredietur actio sive operatio ab agente.

In hoc ergo quod dicit:

Patrem inium[gere] quod vult credentes in eum salvare. Nam “si mali patres vollunt dare bona filliis suis, quanto magis bonus pater celestis dabit filliis in eum credentibus salutem optatam” [Mt. 7, 11].

In hoc quod dixit eum: Omnipotentem inium[gere] quod Pater credentes in eum salvare, eo quia omnipotens.

In hoc quod dixit: Creatorem celli et terre ostenditur eius scientia vel sapientia quia qui scivit creare cellum et terram, scit nos salvare.

Petrus, igitur, credendo in ipsum Patrem ostendit Dei voluntatem. Credendo ipsum omnipotentem confitetur eius potentiam. Dicendo ipsum creatorem [6v] celli et terre demonstrat eius scientiam. Magna ergo nobis de salute debet esse considerari quia vult nos salvare eo quod Pater; quia potest nos salvare eo quod omnipotens; quia scit nos salvare eo quod creator celli et terre.

Omnipotens dicitur quia quidquid vult facere potest; quia ad faciendum nullo eget adiutorio; quia eius potentia nullus potest resistere. Potentia tamen sua est ordinata quia habet anexa tria: sapientiam, misericordiam et iustitiam. Si enim aliquis haberet potentia sine sapientia, multa ageret insipienter; si haberet potentiam sine misericordia multa ageret crudelia; et si potentiam haberet sine iustitia multa faceret injusta.

Deus autem nichil potest facere insipienter crudeliter aut iniuste. Quamvis ergo sua possit de potentia absoluta, tamen de potentia ordinata non posset illud quod preiudicaret sine sapientie sicut vere penitentie beniam denegare. Nec de potentia ordinata potest illud [7r] qui preiudicat sua misericordia ut iusto existente in sua iustitia gratiam auferre. Nec

de potentia ordinata potest illud quod preiudicat sine iustitia ut quod salvando disponit. Non Petrus condepnet et judeum¹⁴ perditorem salvet

Creatorem credimus quod Deus est genitor, creator et factor. Genitor respectu fillius naturalis; creator respectu eorum que produxit ex nichillo; factor vero dicitur respectu illorum qui ex aliis in esse produxit, ut herba ex terra, sementia ex herba, fructum ex arbore, radium ex lucido corpore. Celli empirei cum angelis et substantiis spiritualibus. Et terre, hoc est, terre et omnium corporalium creaturarum.

Joannes evangelista dixit:

Credo in Ihesum Christum

fillium eius unicum Dominus nostrum.

Hic Johannes credit divinitatem ipsius et humanitatem. [7v] “Jhesus”: In hoc significatur Christum Dominum nostrum. Jhesus interpretatur salvator quod tam Dei est ut in cantico: “ecce Deus salvator meus” [Is. 12, 2]. “Christum” significatur humanitas quia Christus interpretatur unctus quod ei convenit suam humanitatem in quam Joannes vidit esse “plenum gratie et veritatis” [Jn. 1, 14], in qua etiam eum “unxit Deo oleo letitie pre consortibus eius” [Sal. 45, 8].

Filius eius. In hoc dicitur intelligere quod est equalis Patri, non maior nec minor. Non enim est minor Patre secundum etatem, cum sit Deus de Deo, lumen de lumine, principium de principio. lux enim solis non est prior etate radio solis. Non est minor Patre quo ad formam quia canitur cum Patre habere deitatem. Non minor potentia, quia per ipsum omnia facta.

Unicum. Ipse dixit: “Ego et pater unum sumus” [Jn. 10, 30].

Dominum nostrum. Dominus quia unus dominus, non tres Domini. Nostrum quoad crea- [8r] tionem vel infirmitatem assumptam secundum quam etiam caro et frater noster est.

Jacobus Zebedei dixit:

Qui conceptus est de Spiritu Sancto,

natus ex Maria virgine.

¹⁴ El final de la palabra no está claro; puede ser “judeum” como judío, o “Judas” como nombre propio. El adjetivo “perditorem” que sigue, junto con el sustantivo podrían entenderse como “Judas el traidor”.

Hic ostenditur quod per conceptio Christi et nativitas fuerunt sine peccato eo quod a Spiritu Sancto. De lege cum generali quatumque concepti sunt ex coniuntione mari[tu]s et femine, obnoxie sunt culpa originalis. Caro cum sit concepta ex immundo semine inficitur juxta id Job: Tu “qui solus esse potes facere mundam de inmunda conceptum seminem” [Jo. 4, 4].

Hic autem qui conceptus est de Spiritu Sancto et natus ex Maria virgine verbum Dei est. Loquemur autem de eo sicut de verbo nostro. Quod Deus est in corde nostro conoscitur nisi a corde. Posquam est in nos audire. Sed posquam est scriptum in carta: “vidimus et palpavimus” [1Jn. 1,1]. Sic de verbo Dei dum tantum erat in sinu Patris non conoscebatur nisi a Patre [Mt. 11, 27]; dum fuit in voce, id est, in carnem humanam [8v] manifestavit se hominibus. Baruch quarto: “Post hec in terris vissus est et cum hominibus conversatus est” [Bar. 3, 38; 4, 4]. Quem autem sunt scriptum in natura humana. Item potuit audire, videre et palpare. Johannes, beatus Johannes: “Quod audivimus et vidimus oculis nostris, manus nostre contractaverunt de verbo vite” [1Jn. 1,1]. Et alibi: “Verbum caro factus est et habitabit in nobis, et vidimus gloriam eius” [Jn. 1, 14]. Verbum, scilicet, Deus erat in sinu Patris, caro factus est in conceptione. Et habitavit in nobis per nativitatem et per Mariam virginem. Et vidimus gloriam eius in baptismo, transfiguratione, evangelica predicatione cum miraculorum operatione.

Andreas dixit:

Passus sub Pontio Pilato, crucifixus,
mortuus et sepultus.

Hic insinuat quod innocentius passus est. Esaie, quinquagesimo tertio: Verbum Patris “propter scellus populi mei percussi eum” [Is. 53, 8], et “tamquam ovis ad occisionem ducetur” [Is. 53, 7], et Petrus: “Peccatum non fecit nec est inventus [9r] dolus in ore eius” [1Pe. 2, 22].

Passus est igitur ut nos liberaret debito pro nobis debitum solvendo, mortuus ut nos vivificaret. Crucifixus ut fructum ab arbore ablatum, se ponendo in ligno restitueret. Sepultus ut inde resurgens sua resurrectio esset ra[tio] nostre resurrectionis. De primis duobus, scilicet, passione et morte exemplum habemus in natura de pellicano. Est enim avis egiptia habitans in solitudine fluminis qui dicitur Nillus, qui videns filios suos mortuos luget eos per tres dies; deinde se ipsum vulnerat et sanguine

suo vivificat pullos suos. Pellicanus Christus est ut ait propheta: “Similis factus sum pellicano solitudinis” [Sal. 102,7]. Solitudinis quamdiu Christus solus divinus temporaliter natus. Triduo luxit filios suos, id est, per totam vitam suam, ut ait psalmista: “Pauper sum ego et in laboribus a iuventute mea” [Sal. 88, 16]. Avis egiptia quia propheta: “Ex Egipto vocavi fillium meum” [Os. 11, 1] [9v] et velut pellicanus corpus sine apice sanguinis fudit ad filiorum vivificationem. Passus, igitur, sub Pontio Pillato et crucifixus sanguinem fudit.

De morte, autem, et sepultura, exemplum habemus Filio in natura de fenice. Fenix namque avis quedam est in Arabia durat per quingentos annos quos in fine dierum suorum facit sibi nidum de mentis aromaticis: thuri, videlicet, et cinamomo et de aliis et sic conversa ad radium solis excussione alarum excitatur igne comburitur, ex eius corpore surgit vermis qui tandem crescit ex processu statim temporis induit alas et reparatur in formam prioris avis.

Hic fenix Christus est qui nidum ex aromatibus factum, scilicet, corpus sine stippe (?) ell[ab]oratus (?), autem per volatio incruenter, premium respiciens per obedientiam igni passionis exposuit. Tandem combustus igne cantatis dando animam suam dillectam per mortem, sepultus, inde surrexit velut alter fenix [10r] qui combustus per ignem ad se suscitandus vermem produxit, id Christus de se: “Ego sim vermis et non homo” [Sal. 22, 7]. Ergo Christus mortuus est et sepultus ut nos vivificaret et vivi resurgendi tribueretur exemplum nobis tribuens in forma actor cum omnis qui huic avi tallem resurgendi vivi tribuit sanctos suos in eternum patrem non patiendo. Si enim hec avis que ratione caret tallus infinitus ad resurgendum sibi quesivit instinctu nature, quod dicimus de creatore omnium ipsorum nisi quod cadaveribus nostris corpora restituens ipsam resurrectionem cellebravit. Et scivit Job quando dixit paragrapho (?)¹⁵ tertio: “Scio quod redemptor meus vivit et in novissimo die de terra surrecturus sim et rursus circundabor pelle mea et in carne mea videbo Deum salvatorem meum” [Jo. 19, 26].

Thomas dixit, secundum quosdam:

Descendit ad inferos.

¹⁵ El manuscrito usa la abreviatura “prp”, que podría corresponder a “paragrapho”, pero desde luego no a los capítulos como cita en otras ocasiones.

Hic ostenditur victoria habita de hoste. Tutas enim animas perfectas trihunphat [10v] qui non solum hostem in campo vincit sed coram eum expoliant. Et in domo propria illum ligavit [Mc. 3, 27]. Sic Christus non solum hostem in campo vicit, sed infernum ipsum expoliavit. Et hostem huius generis ibi ligavit. Vicit quidem sicut dixit Mateus “princeps huius mundi eicietur foras” [Jn. 12, 31]. Cum enim vivus prelliando exit capud eum victus est. Sic Christus moriens opus dum vicit eum a campo et dominio huius mundi eiciens hac autem victoria habita de tirapno cepit spolium. Descendendo ad inferos sicut Christus dixerat: “Ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum” [Jn. 12, 32]. Descendente eius fructu de arbore paradisi contra mandatum Dei omnia elongata fuerunt a Deo; sed ascendente Cristo in ligno crucis omnia per ipsius ducta sunt (?) ad Deum. Ideo Zacha[ri]as: “Tu quoque in sanguine testamenti tui eduxisti vinctos de lacu in quo non erat aqua” [Za. 9, 11]. Secundum tertium ipsum serpentem ligavit; Serpentem dicitur antiquam que est diabolus et sathanas ut habetur in Apocalipsi [Ap. 12, 9]. [11r] Descendit etiam quia volluit consolari sanctos patres, in quo etiam erudimur quod continua mente descendamus in infernum. Ut in Christus descendant in infernum viventes, quia enim vivendo sepe in infernum cogitando descendunt, secundum Bernardum, post mortem in cellum ascendunt; in quo etiam erudimur ut existentibus in purgatorio subveniamus per orationes, sacrificia, helemosinas et afflictiones.

Bartholomeus dixit,
vel Thomas secundum quosdam:
Tertia die resurrexit a mortuis.

Hic ostenditur quod nisi mortuus fuit testimonia trium dierum “quia in ore duorum aut trium stet omne verbum” [Mt. 18, 16]. Apostolli etiam remanserunt in errore, in timore, in dolore; ad consolationem igitur ipsorum volluit tertia die resurgere; et sic eos revocavit ab errore, confortavit ex timore, letificavit ex dolore. Tertia die resurgens Christum [11v] exemplum in natura de leone qui catulos suos per tres dias dormientes tertia die terribili rugitu excitat. Sic “leo de tribu Juda” [Ap. 5, 5] tribus acubans diebus ut catulus leonis tertia die virtute propria surrexit. Jo[seas] propheta: “vivificavit nos post duos dies et tertia die suscitavit nos” [Os. 6, 2]. Deum in persona apostolorum ... resurrectionis Christi.

Philipus dixit:

Ascendit ad cellos,

sedet ad dexteram Dei patris omnipotentis.

Confirmata quidem redemptione generis humani ad quam confirmandam venerat expleto negotio, reverssus est ad Patrem prout ante apostolis dixerat: “Vado ad Deum qui me misit” [Jn. 16, 5], et alibi: “Exivi a Patre. et veni in mundum; iterum relinquo mundum et vado ad Patrem” [Jn. 16, 18]. Fructus autem sue ascensionis nobis subsecuta quadruplex est: Primus est janue celli apertio ad quem aperiendo ascendit. [12r] Secundus fructus est vie ostensio per illum ad viam per quam ascendit asc[endere] Dei debemus. Tertius fructus est apud Patrem pro redemptis supplicatio post ascensionis eum sibi (?) continue pro nobis supplicationes Patri offert, vulnera ostendens ut ostensione illorum Pater ad nos clementem se habeat. Quartus fructus est conglorie preparatio sicut tempore passionis apostolis dixit: “Vado parare vobis locum” [Jn. 14, 2].

Matheus dixit:

Inde venturus est iudicare vivos et mortuos.

Circa hoc studium quod in judeos erunt tam boni quam etiam mali. Et malorum quidem condepnabuntur et non iudicabuntur ut infideles, quia isti propriam infidelitatem suam iam iudicati sunt. Joannes quarto: “Qui non credit iam iudicatus est” [Jn. 3, 18]. Quidam autem malorum sint mali exami[nabuntur] [12v] iudicabuntur et condepnabuntur. Iudicabuntur quidem quia facta eorum examinabuntur M[a]t[heus] XXV: “Esurivi et non dedistis me manducare” [Mt. 25, 42]. Bonorum autem quidem iudicabuntur et salvabuntur ut apostolos et pauperes Christi M[a]t[heus] XIX: “Sedebite super tronos duodecim iudicantes duodecim” et c[etera] [Mt. 19, 28]. Quidam iudicabuntur et salvabuntur sicut omnis alii ab istis qui iudicabuntur quidem quia licet aliquando ceciderint perpetuum tunc posmodum per viam premium (?) meruunt ad Dominum suum, Christo testante: “Esurivi et dedistis me manducare. Ergo venite, benedicte” [Mt. 25, 34].

Jacobus Alpei dixit:

Credo in Spiritum Sanctum.

Hic ostendit quod sicut credimus in Patrem et in Fillium ita debemus credere in Spiritum Sanctum. Est enim eius spiritu Dei, Eius Dei esse eius Dei essentia. Et eius Dei Deitatis. Cum Patre et Fillio. Eternaliter cum procedit ab utroque. Et cotidie descendit in nos spiritualiter. Et quia ipse Spiritus Sanctus est amor Patris et Fillii. Si sint amorem [13r] vollumus habere expedit ut contempnamus triplicem amorem. Ad habendo ad Spiritum Sanctum qui amor est Patris et Fillii necessarium est ut fugiamus amore terreno, ut appellamus amorem carnalem, ut abiiciamus amorem propium. Isti enim tres amores impediunt Spiritum Sanctum ut non veniat ad nos. Si ergo vollumus ut Spiritus Sanctus veniat ad nos, tollere debemus hec tria impedimenta.

Simon dixit:

Sanctam ecclesiam catholicam.

Sciendum quod ecclesiam catholicam dicitur in tres partes. Prima pars est in vita presenti (?). Et hec est cum timore expectans; nescit enim homo an odio vel amore dignus sit per certitudinem. Secunda pars est sine timore et expectatione. Et hec est in cello, nam qui in cello sunt nec timent cum iam sint confirmati, nec spectant cum iam habeant gloriam paradisi. [13v] Tertia est cum expectatione et certitudine. Hec pars ecclesie est illorum qui sunt in purgatorio. Illi enim certi sunt de gloria, tamen adhuc gloriam illi non habent; ideo certitudinaliter illam expectant quem sine dubio habituri sunt.

Thadeus dixit:

Sanctorum communionem,
remissionem peccatorum.

Hic ostenditur quod in ecclesia catholica communicantur bona fidelibus timentibus Deum et custodientibus mandata omnia secundum illud psalmiste: "Participem me fecit Deus omnium timentium te et custodientium mandata tua" [Sal. 118, 63]. Suplicationes enim quas faciunt sancti in cello communicantur nobis. Et bona que hic facimus comunicantur expiritibus in purgatorio. Bona enim que hic faciunt bona perfrui etiam bonus orat cum ecclesia non solum pro defunctis sed etiam pro vivis. Communicamus enim istis bonis quia sumus ad inbicum membra. Ostendit etiam hic quod in ecclesia est remissio peccatorum per baptismum et [14r] penitentiam et per allia ecclesiae sacramenta, que

vivis habent gratiam conferendi qua iustificamur et purgamur a peccatis in quo remissio peccatorum consistit. Hec autem sacramenta in ecclesia sunt et in ecclesia ministrantur fidelibus a convenientibus ministris. Processerunt autem hec sacramenta ex latere Christi; et ideo efficaciam ex Christi passione prosunt. Autem illis tantum qui Christo per fidem copulantur cuius modi non sunt fecte accedentes; isti enim Christo non continentur propter fidei defectum et ideo, fictione durante, fictione sacramentorum non capiunt.

Mathias dixit:

Carnis resurrectionem,
vitam eternam. Amen.

Hic docemur de finali mortuorum resurrectione: boni enim resurgent ad vitam eternam; mali vero in ignem eternum et ad mortem perpetuam, Christo testante, M[a]t[heus] XIX: “Vitam eternam posidebite” [Mt. 25, 34], et M[a]t[heus] XXV: “Ibunt in suplitium eternum” [Mt. 25, 46]. [14v] Dicit ergo carnis resurrectionem. Hoc refertur tam ad bonos quam ad malos quia tan boni quam mali resurgent. Et cum submergitur vitam eternam refertur ad bonos. Licet enim omnes resurgent tantum mali resurgent ad mortem; boni vero ad vitam. Hec enim dicit: vitam, dicitur propiam; illos qui sunt in inferno, illi enim non sunt in vita, sunt in morte.

Hoc quod dicit: eternam respicit illos qui sunt in purgatorio. Licet eis isti sunt viventes, in quo diferunt ab illis qui sunt in inferno, tamen ad huc non sunt in possessionem glorie, sicut illi qui sunt in paradiso collecti. Beati autem habent vitam sine morte contra illos qui sunt in inferno. Eternitatem sine fine, contra illos qui sint in hoc mundo. Possessione sine expectatione contra illos qui sunt in purgatorio.

Quam possessionem nobis donet in patria qui vivit per seculorum seculi. AMEN.

[15r] [Segunda parte - Credo abreviado]

Petrus dixit: Credo in Deum Patrem omnipotentem creatorem celli et terre. Hic ostenduntur tria:

Primum: quod Deus noster vult nos salvare et quia Pater. Secundum: quod Deus noster potest nos salvare cum quia omnipotens. Tertium: quod Deus noster scit nos salvare quia qui scivit creare cellum et terram sciet nobis dare vitam eternam

Jhoanes dixit: Credo in Jhesum Christum fillium eius unicum Dominum nostrum. Hic ostenditur quod licet Christum secundum suam humanitatem sit minor Patre, tamen secundum divinitatem est equalis Patri. Secundum tria: Primum: quantum ad etatem quia est ab eterno, principium de principio. Secundum: quantum ad formam, quia ab eterno Deus de Deo in eadem divinitate existens. Tertium: quantum ad potentiam est equalis Patri quia Pater per ipsum omnia facta sunt.

[15v] Jacobus Zebedei dixit: Credo quod conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine. Hic ostenduntur duo. Primum: quia Christus fuit conceptus et natus sine peccato originali, eo quod conceptus solus de Spiritu Sancto, et non ex viri semine. Secundum: Quia Christus qui prius existens in sinu Patris erat invisibilis, mundo efectus est visibilis nascens de Maria virgine.

Andreas dixit: Credo quod fuit passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus et sepultus. Hic ostenduntur tria. Primum: quod quantum ad personam suam passus fuit innocentem, solvens tamen per suam passionem pretium pro peccatis nostris. Secundum: quod mortuus fuit pro nobis, ut pro nobis moriens daret fidelibus suis vitam gratie in presenti et vitam glorie in futuro. Tertium: quod sepultus fuit deorsum in terra ut nos a terra ellevaret in cellum.

[16r] Thomas dixit: Credo quod descendit ad inferos. Hic ostenduntur tria. Primum: Quod Christus perfecte triumphavit de hoste vincendo ipsum in campo et in domo propria ligando. Secundum: quod Christus spoliavit hoste de preda que fecerat, quia descendendo sanctos patres liberavit. Tertium: Christus ideo descendit ut nos doceret cotidie in infernum descenderent mente et consideratione.

Bartholomeus dixit: Credo quod tertia die surrexit a mortuis. Hic ostenduntur tria. Primum: quod Christus vere mortuus fuit quia sicut in ore duorum aut trium fiat omnem verbum, ita per duos aut tres dies experitur omnem factum. Secundum: quod Christus noluit plus differre in resurrectionem propter consolationem apostolorum, ut quia in passione erraverunt, timuerunt, et contristati sunt ex resurrectione certificarentur, confortarentur, et letificarentur. Tertium: ut qui per duas noctes [16v] et per unum diem fuit in sepulcro significaret nobis quod lux sua mortis nostre duplex mortem destruxit culpe, scilicet, et gehene.

Philipus dixit: Credo quod ascendit ad celos et sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis. Hic ostendit quod ascendit Christus ad quatuor.

Primum: ut nobis viam ostenderet ad cellum. Secundum ut aperiet nobis januam celli. Tertium ut pararet nobis locum. Quartum ut stans ante Patrem preces proderet orans pro nobis continue.

Matheus dixit: Credo quod inde venturus est iudicare vivos et mortuos. Hic ostendit generalis resurrectio mortuorum tam bonorum quam malorum quia habet aperte in iudicio cum Christo venturus, in quo iudicio quantum ad malos quidem non iudicabuntur et condepnabuntur ut infideles, quidem iudicabuntur et condepnabuntur sicut mali Christum quorum factus examinabuntur. [17r] Quantum vero ad bonos quidem iudicabuntur et salvabuntur ut pauperes Christi, quidem vero iudicabuntur et salvabuntur ut alii boni Christum.

Jacobus Alpei dixit: Credo in Spiritum Sanctum. Hic ostenditur tria. Primum: quod Spiritus Sanctus est eiusdem nature divine cum Patre et Fillio. Secundum: quod sicut Filius procedit a solo Patre eternaliter ita et Spiritu Sanctus procedit a Patre et Fillio eternaliter. Tertium: quod hic Spiritus Sanctus amor est cotidie descendens ad nos spiritualiter, quem amorem si vollumus hic oportet ut triplicem amorem contepnamus: terrenum, carnalem et proprium.

Simon dixit: Credo sanctam ecclesiam catholicam. Hinc ostenditur quia ecclesia est nunc divisa in tres partes: prima pars est ad timore expectantem; [17v] hec est in hoc mundo. Ad timore quidem quia liberum arbitrium nobis est firmatum in bono sed fluctuat a bono in malum et a malo in bonum. Cum expectatione vero quia ad huc est impugnatio. Secunda pars est in cello: hec est sine timore quia ibi liberum arbitrium iam est firmatum in bono; sine expectatione vero quia iam possidet gloriam. Tertia est sine timore et ad expectationem quidem quia libero arbitrio iam non proflēcti in malum; cum expectationem, vero quia non Deus habent gloriam quam sine dubio expectant

Thadeus dixit: Credo sanctorum communionem, remissionem peccatorum. Hic ostenduntur duo. Primum: quod in ecclesia est communicatio ad bonorum per huc qui timent Deum et custodiunt mandata eius. Secundum quod in ecclesia est remissio peccatorum per baptismum et penitentiam et per alia ecclesie sacramenta.

[18r]

Mathias dixit: Credo carnis resurrectionem, vitam eternam. Amen. Hic ostenduntur duo. Primum: quod omnes tam boni quam mali resurgent ad diem terribilem iudicii ultimi. Secundum quod boni resurgent ad vitam

eternam, mali vero ad mortem eternam. Primum docetur cum dicitur carnis resurrectionem. Secundum docetur cum subinfertur vitam eternam quod refertur ad bonos.

[18v] Blanco

[19r] [Tercera parte - Protestación de la fe]

Corde credo et ore confiteor quidquid traditur per apostolos in simbolo qui incipit: “credo in Deum”.

Corde credo et ore confiteor quidquid exprimuntur in simbolo qui incipit: “credo in unum Deum”.

Corde credo et ore confiteor quidquid docetur in simbolo Athanasii, qui incipit: “quicumque vult salvus ese”.

Corde credo et ore confiteor quidquid credendi catholice continetur in sacra scriptura tan novi quam etiam veteris testamenti.

Puro corde credo et clara voce confiteor sanctam ecclesiam catholicam et quidquid per ipsam indubitanter tenetur, docetur et predicatur.

Et quia tempus, dies et hora transitus mei ab hac lacrimarum valle michi penitus abscondita sunt, clausas et signata in thesauris sapientie tue, Domine Deus, ideo nunc et semper protestor in hac santa atque catholica fide mori ut illius merito duci valleam in claram beatorum lucem [19v] et totum laborem vite mee in illa claudens fructum valleam percipere gloriosum.

Confringe igitur, clementissime Pater, contritione cor meum et aperi labia mea confessione: gresus, manus, et omnem fragilitatem meam ad emendationem excita, ut prudenter vigilans te Deum omnipotentem cum veneris accipere quod tuum est, estola precintus candida sequi merear ad sanctis quoadquum noris

Et sic secundum multitudinem negligentiarum mearum incompleta defici[en]ciam penitentia pro peccatis meis quam plu[ri]mis quibus te summum bonum sepissime ofendi, protestor ut fide, spe et caritate membris ecclesie stans emitus, gaudere valleam sufragio quarumdarum indulgentiarum quomodo cumque, qualincumque, ubicumque, et qualicumque causa ab aliam pri (?) et prelati eiusdem et quibuscumque personis distributarum. Qui vivis et ...

Traducción del Credo expresado por los apóstoles

Primera parte - Explicación del credo

[1r] Pedro dijo: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”.

La exposición del credo es así: Credo, es decir, con voluntaria aceptación inclino mi humilde entendimiento para mantener firmemente y considerar con sinceridad lo que es así, pues está dicho en la sagrada escritura.

La explicación es que la verdad de las cosas conocidas al verlas con los ojos se perfecciona al entenderla con el entendimiento. Y entender con el entendimiento se perfecciona con creer por la fe. Todavía más, creer por la fe se perfecciona por la revelación hecha a varones perfectos.

Lo primero que decir sobre la verdad de las cosas es que ver se perfecciona por el entendimiento. Pues la luz corporal del sol se presenta ante [1v] nuestros ojos, pero respecto a la luz del sol, nuestros ojos se comportan no viendo toda la luz, sino una parte de esa luz, pues la luz corporal percibida con los ojos de la carne es menor y más oscura. Por tanto, si hemos de decir la verdad sobre la luz solar, debemos hablar de ella según la perciben nuestros ojos corporales, aunque hablando con imperfección y tan sólo de una parte relativa a la luz solar. Pero si hablamos de ella no con relación a nuestros ojos, sino respecto al entendimiento, lo que nuestro entendimiento percibe es que ella es más brillante y más pura que lo que nuestros ojos perciben; el ver con los ojos respecto a la luz solar se perfecciona al entenderla con el entendimiento. Ahora bien, el entendimiento entiende lo que no capta el ojo carnal [2r]: la luz del sol en toda su esencia, aunque sólo capte lo que se refiere a una pequeña parte y ésta con cierta impureza de alguna oscuridad.

De la misma forma que la visión corporal se perfecciona al entender, y este también en el conocimiento de la verdad acerca de la luz corporal, así también hay que afirmar que el entendimiento se perfecciona por el creer de la propia fe respecto al resplandor de la luz incomprensible que es Dios.

Esta luz se propone a nuestro entendimiento lo mismo que la luz corporal para ver con los ojos. Sin embargo igual que es defectuoso lo que con los ojos puede percibirse de la luz solar, este defecto no es nada en comparación con lo que capta el entendimiento por sus propias fuerzas sobre la luz que es Dios. Y de la misma forma que lo que no percibimos con nuestros ojos es más puro, lo que sobrepasa nuestro entendimiento acerca de Dios es totalmente superior.

[2v] De la misma manera que nuestro entendimiento asegura que la luz solar es mayor, más pura y perfecta que lo que nuestros ojos ven, lo mismo es lo que nuestro entendimiento asegura: la luz divina es incomparablemente mayor y más perfecta que lo que nuestro entendimiento es capaz de percibir. A esto se llama creer, que se perfecciona por la fe. De nuevo, entender con el entendimiento es aproximadamente como la luz [divina], que es creer por la fe que Dios existe. Se llama creer a cómo nuestro entendimiento se comporta respecto a esa luz [divina], igual que un ojo por la noche o el de un murciélago respecto a la luz del sol.

Esta luz que es Dios brilla con su propia fuerza excediendo todo lo creado. De nuevo el creer por nuestra fe se perfecciona por la revelación hecha a los apóstoles y profetas. Existieron entre los hombres quienes vivieron en este mundo como las águilas entre las aves y pájaros. El águila, por naturaleza, es inferior a la naturaleza humana, pues el hombre es racional y el águila no. Pero se le compara con las otras [3r] aves porque vuela más alto. Y si el águila se compara con los hombres y las demás aves es por sus ojos, que son más penetrantes que los humanos y los de las otras aves. Se llaman fuerzas naturales, pues el águila mira directamente la luz del sol.

Así son los profetas, como águilas, aunque tengan la misma naturaleza racional, pues son hombres como los demás. Aunque sean inferiores, lo son por verdadera humildad. Éstos, como nubes volanderas por medio de la contemplación sobre los demás, como el águila, son elevados a un plano superior, y, dispuestos sus entendimientos por la luz del verdadero sol, recibieron por revelación lo que transmitieron, tanto de palabra como por escrito; a nosotros sólo nos ha llegado por escrito.

Al creer, nuestra fe recibe la ayuda de sus visiones, pues se nos propone una visión nítida para que la creamos. Por tanto, de la misma forma que una visión corporal se perfecciona y mejora al entenderla con

nuestro entendimiento, igualmente el entender con el entendimiento se perfecciona al contemplar [3v] en la luz divina, bajo el velo de creer por medio de la fe. Y el creer por la fe se afina y consolida por medio de la revelación hecha a los santos varones. El ojo carnal se fía del entendimiento sobre lo que realmente es la luz corporal del sol. El entendimiento se fía de la fe sobre lo que realmente es acerca de la luz divina, por el creer de la propia fe. Y la visión del mismo creer por nuestra fe sostiene con firmeza lo que realmente es revelado a los santos y se nos da por medio de las santas escrituras.

Por tanto, Pedro dijo “Credo”, es decir, con voluntaria aceptación, inclino mi entendimiento a sostener con firmeza y a considerar con sinceridad que es cierto lo que se nos enseña así en la santa escritura recibida por la luz divina de la revelación.

Continuación

“In Deum”. Es preciso fijarse en lo que se expone aquí: “Creer que Dios existe”; “creer a Dios”; o “creer en Dios”. “Creer que Dios existe” se refiere a la misma existencia de Dios [4r]. “Creer a Dios” hace referencia a las palabras de Dios, [lo que él dice]. “Creer en Dios” se refiere al provecho y a la posesión de Dios, [a fiarse de Él].

Respecto a lo primero, a saber, “creer que Dios existe”, creemos, en efecto, que Dios existe. Creemos que es bueno, eterno, infinito, inmutable, incircunscriptible, incomprendible, inefable. Creemos en primer lugar que Dios existe pues todas las cosas visibles e invisibles existen ya que reciben su existencia del ser divino. En segundo lugar, creemos que Dios es bueno, pues igual que la bondad es el principio de cualquier serie, así Dios es el principio y la causa de todo lo que existe, y todo procede de él. Igual que todo se funda en el bien y tiende a él, así toda misericordia procede de uno y se concentra en uno. En tercer lugar, creemos que Dios es eterno, pues carece de principio y de fin. En cuarto lugar creemos que es infinito, porque la grandeza de su poder no está limitada ni conoce término por ningún aspecto. En quinto lugar, creemos que es inmutable [4v] pues ni aumenta ni disminuye en cantidad alguna; ni en longitud o brevedad no se hace mayor o más pequeño; en extensión no se hace más amplio o más limitado; en profundidad, no se hace ni más pleno ni más estilizado; ya que la calidad no le califica, ni se calienta por el calor, ni se enfría por el frío, la humedad no le humedece, ni le seca la sequedad, ni se

altera por modificación, ni se debilita por falta de fuerzas, ni se cambia de lugar por mutación, pues está en todas partes según la esencia, presencia y potencia, pues todas estas cosas se afirman respecto a su naturaleza divina.

Creemos que él nos resulta inseguro e imposible de ser abarcado, pues no se contiene en lugar alguno. Creemos que es incomprendible, pues no puede ser comprendido por entendimiento alguno angélico o humano. Finalmente, creemos que es inefable [5r] pues las lenguas no son aptas para describirlo, ya que ni los entendimientos le comprenden ni las lenguas aciertan a expresarlo.

Respecto a lo segundo, es decir, “creer a Dios”, creemos sus palabras. Las palabras [o mandatos] que debemos creer son sólo cinco:

primero, nos enseña con su palabra lo que creamos; para ello, los artículos de la fe;

segundo, nos enseña con su palabra lo que hagamos; para ello, sus mandamientos;

tercero, nos enseña con su palabra lo que esperemos; a saber, la gloria eterna;

cuarto, nos enseña que nos preservemos; a saber, de los pecados y de los vicios;

quinto, nos enseña con su palabra lo que debemos temer: la condenación eterna y las penas del infierno.

Respecto a lo tercero, a saber, “creer en Dios”, creemos que él es la meta gloriosísima de nuestros trabajos, que debemos gozar sin tensión, en eterna posesión, pues creer en Dios no es otra cosa que amarle creyendo en él; amándole y creyendo en él, cumplir sus palabras para honrarle, incorporarnos como sus miembros. [5v] Igual que el alma reside en los diversos miembros, en la cabeza, en un cuerpo vivo, así la caridad, que es el amor de Dios, reside en todos los fieles como miembros vivos de su cuerpo místico, en la cabeza y los miembros que son los fieles, de cuyo cuerpo y miembros Dios es la cabeza [Ef. 5, 30; 4, 15].

De los tres aspectos vistos, a saber, “creer que Dios existe”, “creer a Dios” y “creer en Dios”, los dos primeros son propios de buenos y malos; sólo por el tercero, “creer en Dios”, el impío queda justificado. De esta forma, Pedro creyó que Dios existía, creyó a Dios y también creyó en Dios. Todo esto está incluido al decir: “creo en Dios”.

Continuación

“Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”. En la explicación de estos detalles hay que precisar que todo el que hace algo con su entendimiento lo realiza según estas tres notas: voluntad, potencia y sabiduría. Y ya que Dios es el supremo hacedor por su entendimiento, [6r] por tanto todo lo realiza con voluntad, potencia y sabiduría supremas. Estos tres requisitos se precisan para realizar algo, de manera que si falta alguno no se completaría la actuación de quien lo realiza.

Por eso dice a este respecto: “Padre”, se asocia que quiere salvar a los que creen en él. Pues «si los malos padres quieren dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más vuestro padre celestial dará a sus hijos que creen en él» la salvación deseada [Mt. 7, 11].

Cuando dijo “Omnipotente” se asocia el Padre que salva a quienes creen en él, precisamente porque es omnipotente. Cuando dijo que es «creador del cielo y tierra» se manifiesta su ciencia o su sabiduría, pues quien supo crear cielo y tierra también sabe salvarnos.

Por tanto, creyendo en él, Pedro mostró la voluntad de Dios. Creyendo que es omnipotente, se confiesa su poder. Al decir que es creador [6v] de cielo y tierra se manifiesta su sabiduría. Hay que reflexionar sobre la gran obra de nuestra salvación, ya que desea salvarnos precisamente porque es Padre; puede salvarnos porque es todopoderoso; y sabe salvarnos porque es el creador del cielo y tierra. Se asegura que es omnipotente, porque puede hacer lo que quiere; porque no necesita ninguna ayuda; porque nada puede resistirse a su poder. Su poder es poder ordenado, porque tiene tres cualidades: sabiduría, misericordia y justicia. Si alguien tuviera poder sin sabiduría, realizaría muchas cosas sin conocimiento; si tuviera poder sin misericordia, haría muchas cosas crueles; y si tuviera poder carente de justicia, haría muchas cosas injustas. Pero Dios no puede hacer nada sin sabiduría, con crueldad o de forma injusta. Aunque su poder sea poder absoluto, su poder ordenado no puede hacer algo que prejuzgara sin sabiduría, como sería negar el perdón a la verdadera penitencia. Ni por el poder ordenado [7r] puede hacer algo contra su misericordia, como sería negar la gracia al justo que vive en su justicia. Ni tampoco su poder ordenado puede hacer algo que vaya contra su justicia, como sería que condenara a Pedro y salvara a un judío pecador.

Con la palabra “Creador” creemos que Dios es el origen, creador y agente. Origen, respecto a su Hijo natural; creador, respecto a cuanto

creó de la nada; agente, respecto a cuanto produjo por medio de otros, como la hierba a partir de la tierra, las semillas de la hierba, los frutos de los árboles, el rayo de un cuerpo que emite luz. Con «cielos empíreos» se entienden los ángeles y las sustancias espirituales; y con «tierra», se entiende la tierra y todas las cosas corporales.

Juan evangelista dijo: “Creo en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor”.

Con esto, Juan creyó en su divinidad y en su humanidad. [7v] “Jesús”, con lo que se da a entender a Cristo, Señor nuestro. Jesús equivale a salvador, quien también es Dios, como se dice en el cántico: “He aquí a Dios, mi salvador” [Is. 12, 2]. “Cristo” significa la humanidad, y, pues Cristo significa unido, esto le corresponde a su humanidad, en la que Juan le contempló que estaba “lleno de gracia y de verdad” [Jn. 1, 14]; situación en la que “le ungió Dios con óleo de alegría más que a sus compañeros” [Sal. 45, 8].

“Su Hijo”: por esto se entiende que es igual al Padre, ni mayor ni menor. No es menor que el Padre en cuanto a la edad, pues es Dios de Dios, luz de luz, principio de principio: la luz del sol no es más antigua en edad que el rayo del sol. No es menor que el Padre en cuanto a la forma, pues se canta que comparte la divinidad con el Padre. No es menor en poder, ya que por él se hicieron todas las cosas.

“Nuestro Señor”: “Señor”, porque no hay más que un Señor, no tres Señores. “Nuestro”, en cuanto a la crea- [8r] ción o en cuanto a la debilidad asumida, según la cual también es carne y hermano nuestro.

Santiago de Zebedeo dijo: “Que fue concebido del Espíritu Santo, nacido de María virgen”.

Aquí se manifiesta que tanto la concepción de Cristo como el nacimiento sucedieron sin pecado, por ser obra del Espíritu Santo. Por ley general, ya que todos son concebidos por la unión del marido y la mujer, somos afectados por la culpa original. Pues la carne es concebida de semen contaminado, según lo que dice Job: “Tu, el único que puedes hacerme limpio, concebido de semen inmundo” [Jo. 4,4].

A quien fue concebido del Espíritu Santo y nacido de María virgen, lo denominamos como Palabra de Dios. Hablamos sobre él como palabra nuestra. Sólo por la vía del corazón sabemos que Dios está en nuestro corazón; lo oímos, ya que está en nosotros. Pero además está escrito en

la carta: “lo vimos y palpamos” [1 Jn. 1, 1]. Nada se conocía, pues, de la Palabra de Dios mientras estaba en el seno del Padre, más que por el mismo Padre [Mt. 11, 27].

Pero cuando se manifestó, esto es, cuando en carne humana [8v] se dio a conocer a los hombres. Así Baruch, 4: “Tras esto fue visto en la tierra y convivió con los hombres” (Bar. 3, 38; 4, 4). El fue inscrito en la naturaleza humana, y así pudo oír, ver y palpar. Juan, san Juan, [dice]: “Lo que oímos y vimos con nuestros propios ojos, lo que palpamos nuestras manos sobre la Palabra de vida” [1Jn. 1, 1]. Y también: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria” [Jn. 1, 14]. Pues la Palabra, que era Dios en el seno del Padre, se hizo carne en la concepción, y habitó entre nosotros por medio de María la virgen. Y vimos su gloria en su bautismo, transfiguración, predicación del evangelio y realización de milagros.

Andrés dijo: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”.

Con esto se enseña que el inocente padeció. [Lo dice] Isaías, en el [capítulo] 53: “le castigué por los pecados de mi pueblo” [Is. 53, 8], y “como una oveja fue llevado al matadero” [Is. 53, 7], y Pedro: “no cometió pecado, ni se encontró [9r] engaño en sus palabras” [1Pe. 2, 22].

Por tanto, padeció para liberarnos de la deuda, pagando esa deuda por nosotros, murió para vivificarnos. Fue crucificado como un fruto caído del árbol, que nos restaura poniéndose en la cruz. Sepultado para que después resucitara, y su resurrección fuese ocasión para nuestra resurrección. Sobre los dos primeros hechos, a saber, la pasión y la muerte de entre los hombres, tenemos un ejemplo en la naturaleza del pelícano. Esta es un ave egipcia que habita en el desierto junto al río llamado Nilo; cuando ve a sus pollos muertos se lamenta por ellos durante tres días; después se hiere a sí misma y con su sangre vivifica a sus pollos. Cristo es el verdadero pelícano, como lo dijo el profeta: “Me he hecho semejante al pelícano del desierto” [Sal. 102, 7]. Cristo, por largo tiempo solo en el desierto divino, nació inmerso en el tiempo. Durante tres días se lamentó por sus hijos, es decir, a lo largo de toda su vida, como dijo el salmista: “Yo soy pobre, metido en trabajos desde mi juventud” [Sal. 88, 6]. Es ave de Egipto, como señaló el profeta: “De Egipto llamé a mi hijo” [Os. 11, 1] [9v], e igual que el pelícano agotó su cuerpo hasta la última gota

de sangre, para vivificar a sus hijos. Al padecer bajo el poder de Poncio Pilato y ser crucificado, derramó su sangre.

Acerca de su muerte y sepultura, encontramos el ejemplo del Hijo, en la naturaleza del fénix. Este ave fénix es un pájaro que permanece en Arabia, vive quinientos años, al cabo de los cuales se hace un nido de hierbas aromáticas, a saber, de incienso y cinamomo y algunas otras, y así, vuelta hacia los rayos del sol se agita aleteando hasta que se consume por el fuego; de su cuerpo surge una larva que crece hasta su límite, y al cabo de un cierto tiempo le surgen alas y se reconstruye en la forma del ave primera. Este fénix es Cristo, quien se hizo un nido de hierbas aromáticas, a saber, un cuerpo elaborado con un fin superior (?), que a través de un vuelo incruento aspirando al premio por su obediencia se expuso al fuego por su pasión; al final, destruido por el fuego, entregó su querida alma a la muerte, fue sepultado y de allí resurgió como otro fénix [10r] que, consumido por el fuego, produjo un gusano para volverse a elevar. El propio Cristo lo dijo de sí mismo: “Soy un gusano, y no un hombre” [Sal. 22, 7]. Por lo tanto, Cristo murió y fue sepultado para vivificarnos y, al mostrar que iba a resurgir vivo, nos diera ejemplo, como todo actor, al igual que proporciona esta ave, al resurgir vivo ofrece al eterno Padre a sus santos sin que éstos padezcan. Pues si esta ave, que carece de razón, carece de capacidad infinita para resurgir más que por instinto natural, qué decir del creador de todos los suyos, sino que, restituyendo nuestros cuerpos a partir de nuestros cadáveres, celebró su propia resurrección. Y Job lo escribió cuando dijo en el párrafo tercero: “Sé que mi redentor vive y que en el último día resucitaré y de nuevo seré rodeado de mi propia piel y carne, y veré a Dios, mi salvador” [Jo. 19, 26].

Tomás dijo (según algunos):

“Descendió a los infiernos”.

Esto muestra la victoria [de Jesús] sobre su enemigo. Triunfa [y logra] [10v] todas las almas perfectas quien no sólo vence al enemigo en el campo de batalla, sino que además le despoja en sus propias barbas. Y lo derrotó en su propio terreno [Mc. 3, 27]. Pues Cristo no sólo venció al enemigo en la palestra, sino que saqueó el mismo infierno. Y a semejante enemigo lo apresó. Ciertamente que venció, como dijo Mateo: “El príncipe de este mundo será arrojado al exterior” [Jn. 12, 31]. Y quien vivo combatía, perdió la cabeza, y él mismo fue vencido. De este modo, Cristo, con su muerte, lo venció en su propio territorio y lo privó del señorío de este

mundo, con esta victoria conseguida sobre tal tirano, dio lugar al expolio. Descendió al infierno como el mismo Cristo había dicho: “Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré todo hacia mí” [Jn. 12, 32]. Al arrancar aquel fruto del árbol del paraíso contra el mandato de Dios, todas las cosas se distanciaron de Dios; pero al subir Cristo al leño de la cruz todas las cosas fueron atraídas por él a Dios. Por eso, Zacha[rías] [escribió]: “Pues tú sacaste del abismo seco a los que estaban vencidos, por la sangre de tu alianza” [Za. 9, 11]. En tercer lugar, aherrojó a la misma serpiente; se le llama serpiente antigua al diablo o satanás como señala el Apocalipsis [Ap. 12, 9]. [11r] Además, descendió pues quiso consolar a los santos patriarcas, en lo que hemos de aprender que con un recuerdo permanente descendamos al infierno, pues viviendo y pensando con frecuencia en los que bajan a él, según [san] Bernardo, tras la muerte ascienden al cielo; en esto hemos de aprender a prestar ayuda a quienes están en el purgatorio por oraciones, sacrificios, limosnas y compasión.

Bartolomé dijo (o Tomás, según algunos):

“El tercer día resucitó de entre los muertos”.

En esto se nos muestra que no estaría muerto, si no es por la prueba de los tres días: “pues por la palabra de dos o tres tiene valor toda expresión” [Mt. 18, 16]. Los apóstoles permanecieron en el error, en temor, con dolor; [Cristo] quiso resucitar al tercer día para consuelo de aquéllos; y de este modo los convenció de su error, los alentó en medio de su temor, y los alegró desde su dolor. [11v] Vemos el ejemplo de Cristo al resucitar en la naturaleza del león; éste espabila con un formidable rugido a sus cachorros que permanecen dormidos durante tres días. Lo mismo [hizo] “el león de la tribu de Judá” [Ap. 5, 5], durmiente durante tres días como los cachorros del león, que resucitó a los tres días por su propio poder. El profeta O[seas] [lo anunció]: “nos vivificó después de dos días y al tercero nos levantó” [Os. 6, 2]. Dios [dio] testimonio de la resurrección de Cristo en la persona de los apóstoles.

Felipe dijo: “Subió a los cielos.

Está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso”.

Tras haber llevado a cabo la redención del género humano, para efectuar la cual había venido, completado el propósito, regresó al Padre, como había indicado a los apóstoles: “Voy al Dios que me ha enviado”

[Jn. 16, 5], y también: “Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y retorno al Padre” [Jn. 16, 18]. De su ascensión, se siguen para nosotros cuatro frutos: el primero es la apertura de las puertas del cielo, para lo que ascendió y las abrió. [12r] El segundo fruto es que mostró el camino; por el mismo camino que ascendió debemos ascender a Dios. El fruto tercero es que, suplica ante el Padre por los redimidos, después de su ascensión, ofrece por nosotros continuamente súplicas al Padre, le muestra sus llagas, para que, a su vista, el Padre sea clemente para con nosotros. El cuarto fruto es la preparación a compartir su gloria, como había dicho a los apóstoles en el momento de su pasión: “Voy a prepararos un lugar” [Jn. 14, 2].

Mateo dijo: “Desde allí ha de venir
a juzgar a los vivos y a los muertos”.

Hay que comprender que entre los judíos había tanto buenos como malos. Pero los malos serán condenados, aunque no sean juzgados en igualdad de condiciones que los infieles, pues éstos por su infidelidad, ya están juzgados, [como dice] Juan [en el capítulo] cuarto: “Quien no cree ya está juzgado” [Jn. 3, 18]. El conjunto de los malos, porque son malos serán examinados, [12v] juzgados y condenados. Serán juzgados, pues sus hechos serán examinados, [como señala] M[a]t[eo] XXV: “Tuve hambre y no me dísteis de comer” [Mt. 25, 42]. El conjunto de los buenos serán juzgados y salvados, como los apóstoles y los pobres de Cristo, [como señala] M[a]t[eo] XIX: “Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce...” et c[etera] [Mt. 19, 28]. Estos serán juzgados y salvados como todos los demás que serán también juzgados, pues, aunque alguna vez fallaron, merecieron un premio después junto a su Señor, según el testimonio de Cristo: “Tuve hambre y me dísteis de comer. Por tanto, venid, benditos” [Mt. 25, 34].

Santiago de Alfeo dijo:
“Creo en el Espíritu Santo”.

Aquí se afirma que lo mismo que creemos en el Padre y en el Hijo, también debemos creer en el Espíritu Santo. Él es el Espíritu de Dios, el mismo ser de Dios, la esencia de Dios, la deidad de Dios.

Con el Padre y con el Hijo procede eternamente de ambos. Y a diario desciende espiritualmente a nosotros. Y el mismo Espíritu Santo

es el amor del Padre y del Hijo. Si ellos son verdadero amor [13r] procede que dejemos a un lado otro triple amor. Para poseer el Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, es necesario que huyamos: del amor terreno; del que llamamos amor carnal; y también que desterremos el amor propio. Estas tres clases de amores impiden que el Espíritu Santo venga a nosotros. Por tanto, si queremos que llegue a nosotros, debemos eliminar estos tres impedimentos.

Simón dijo:

“La santa Iglesia católica”.

Hay que saber que la expresión «Iglesia católica» se aplica a tres partes. La primera se encuentra en la vida presente. Y ésta espera con temor, pues el hombre no sabe con certeza si es digno de amor o de odio. La segunda parte vive sin temor ni expectación: es la que vive en el cielo, pues en él están los que no temen, pues ya están confirmados, ni esperan, pues ya disfrutan de la gloria del paraíso. [13v] La tercera parte de la iglesia es la de los que están en el purgatorio; éstos están seguros de la gloria, aunque aún no la poseen; pero esperan con total certeza que la poseerán sin duda alguna.

Tadeo dijo: “La comunión de los santos,
el perdón de los pecados”.

Aquí se explica que en la iglesia católica existe comunicación entre los fieles que temen a Dios y guardan sus mandamientos, según lo del salmista: “Dios me hizo partícipe de todos los que le temen y guardan sus mandatos” [Sal. 118, 63]. Las súplicas que realizan los que están en el cielo se nos comunican. Y las cosas buenas que hacemos se comunican a los espíritus del purgatorio. Las cosas buenas que estos realizan son bienes de los que disfruta quien es bueno y ora con la iglesia, no sólo por los difuntos sino también por los vivos. Comunicamos en estos bienes porque somos miembros unos de otros.

También se enseña aquí que en la iglesia existe el perdón de los pecados por el bautismo y [14r] por la penitencia y por los otros sacramentos de la iglesia; estos tienen el poder de comunicar la gracia a los vivos con la que somos justificados y nos vemos libres de los pecados, pues en esto consiste la remisión de los pecados. Estos sacramentos proceden del costado de Cristo. Y por lo mismo nos aprovechan por la pasión de

Cristo. Sin embargo, para aquellos que se unen a Cristo únicamente por la fe de este modo no les aprovechan [más que] ficticiamente; pues estos no se vinculan con Cristo por un defecto en su fe, y por tanto, mientras dura el engaño, no reciben [más que] ficticiamente los sacramentos.

Matías dijo: “Resurrección de la carne,
vida eterna. Amen”.

En esto aprendemos la resurrección final de los muertos: los buenos resucitan a la vida eterna; los malos, por el contrario, al fuego eterno y a la muerte perpetua, según el testimonio de Cristo, M[a]t[eo] XIX: “Poseed la vida eterna” [Mt. 25, 34] y M[a]t[eo] XXV: “Irán al suplicio eterno” [Mt. 25, 46]. [14v] La expresión es “Resurrección de la carne”. Esto se refiere tanto a los buenos como a los malos, porque resucitarán tanto unos como otros. Y cuando se ahonda en la vida eterna, esta se refiere a los buenos, pues, aunque todos resuciten, sólo los malos resucitarán para la muerte; los buenos, por contra, para la vida. Esto es lo que se enseña: “vida”; se enseña con propiedad; pero los que están en el infierno no están en la vida, sino en la muerte.

La expresión “eterna” se refiere a quienes están en el purgatorio. Aunque éstos están vivos, en lo cual difieren de los que están en el infierno, sin embargo, no están aún en posesión de la gloria, como quienes ya están reunidos en el paraíso. Los santos gozan de vida eterna sin muerte, frente a los que están en el infierno. La eternidad sin final, a diferencia de los que aún están en este mundo. La posesión sin expectación es frente a quienes están en el purgatorio.

Que nos dé la posesión de la patria, él que vive por los siglos de los siglos. Amén.

[15r] Segunda parte - Credo abreviado.
Pedro dijo:

“Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”. Aquí se enseñan tres cosas: La primera, que nuestro Dios quiere salvarnos, pues es Padre. La segunda, que nuestro Dios puede salvarnos porque es todopoderoso. La tercera, que nuestro Dios sabe [cómo] salvarnos, pues quien supo crear el cielo y la tierra sabe [cómo] concedernos la vida eterna.

Juan dijo:

“Creo en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor”. Aquí se enseña que aunque Cristo, según su humanidad, es menor que el Padre, sin embargo, según su divinidad es igual al Padre. La segunda, dividida en tres: primero, en cuanto a la edad, pues es eterno, principio de principio; segundo, en cuanto a la forma, pues desde la eternidad es Dios de Dios, que existe en la misma divinidad; tercero, en cuanto al poder es igual al Padre, pues el Padre hizo todas las cosas por él.

[15v] Santiago de Zebedeo dijo:

“Creo que fue concebido del Espíritu Santo, nacido de María virgen”. Se muestran dos cosas: Primera, que Cristo fue concebido y nació sin pecado original, pues fue concebido únicamente por obra del Espíritu Santo, y no de semen viril. Segunda, que Cristo, que existía antes en el seno del Padre y era invisible, en el mundo se hizo visible, al nacer de María la virgen.

Andrés dijo:

“Creo que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”. Se enseñan tres verdades: primera, que, en cuanto a su persona, padeció siendo inocente, pagando por su pasión el precio por nuestros pecados. Segunda, que murió por nosotros, para que muriendo por nosotros diera a sus fieles la vida de la gracia al presente y la vida de la gloria en el futuro. Tercera, que fue sepultado bajo tierra para que nos elevara hasta el cielo.

[16r] Tomás dijo:

“Creo que descendió a los infiernos”. Tres son las enseñanzas: Primera, que Cristo triunfó perfectamente venciendo a su enemigo en el campo de batalla y en su guarida, aherrojándolo. Segunda, que Cristo arrebató al enemigo las presas que había conseguido, pues liberó a los santos patriarcas con su descenso. Tercera, que Cristo descendió para enseñarnos que a diario debemos descender mentalmente al infierno y reflexionar.

Bartolomé dijo:

“Creo que el tercer día resucitó de entre los muertos”. Las enseñanzas son tres: Primera, que Cristo murió en verdad, pues algo es cierto por el testimonio de dos o tres testigos, y por dos o tres días experimentó este hecho. Segunda, que Cristo no quiso diferir más su resurrección

para consolar a los apóstoles, pues en su pasión habían errado, tuvieron miedo y estuvieron apenados, y con la resurrección se aseguraron, se reconfortaron y se alegraron. Tercera, que permanecer en el sepulcro durante dos noches [16v] y un día, significa que su luz destruyó nuestra doble muerte, a saber, la de la culpa y la del infierno.

Felipe dijo:

“Creo que subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso”. Se muestra aquí que Cristo ascendió, con cuatro consecuencias. Primera, para mostrarnos el camino al cielo. Segunda, para abrirnos la puerta del cielo. Tercera, para prepararnos un lugar. Cuarta, para orar ante el Padre con sus preces y ayudarnos constantemente.

Mateo dijo:

“Creo que desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. Esta frase muestra la resurrección general de los muertos tanto buenos como malos, que tendrá lugar cuando Cristo venga a juzgar. En este juicio, los malos no serán juzgados y condenados como los infieles; serán juzgados y condenados como los malos a los que Cristo examinará sus hechos. [17r] En cuanto a los buenos, serán juzgados y salvados como los pobres de Cristo, en verdad serán juzgados y se salvarán como los otros buenos de Cristo.

Santiago de Alfeo dijo:

“Creo en el Espíritu Santo”. Se nos enseñan tres cosas: Primera, que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza divina con el Padre y el Hijo. Segunda, que igual que el Hijo procede del Padre eternamente, también el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo eternamente. Tercera, que este Espíritu Santo es amor que a diario desciende a nosotros espiritualmente; si apreciamos este amor, hemos de despreciar un triple amor: el terreno, el carnal y el amor propio.

Simón dijo:

“Creo la santa Iglesia católica”. Esto nos enseña que la iglesia se encuentra dividida en tres partes: la primera parte vive expectante, con temor; [17v] es la que existe en este mundo. En verdad con temor, pues la certeza del libre arbitrio en nosotros nos hace cambiar del bien al mal y del mal al bien. También con expectación pues carece de seguridad en este punto. La segunda parte está en el cielo: esta parte carece de temor

alguno, pues el libre arbitrio ya está confirmado en el bien; además sin expectación, pues ya posee la gloria. La tercera parte vive sin temor, aunque sí con expectación, pues su voluntad ya no se inclina al mal; pero sí con expectación, porque aún no poseen a Dios en la gloria, gloria que esperan sin duda alguna.

Tadeo dijo:

“Creo la comunión de los santos, el perdón de los pecados. Dos son las cosas que se enseñan. La primera, que en la iglesia hay comunicación de bienes entre los que temen a Dios y cumplen sus mandamientos. La segunda, que en la iglesia existe el perdón de los pecados por medio del bautismo, la penitencia y de los otros sacramentos de la iglesia.

[18r] Matías dijo:

“Creo la resurrección de la carne, la vida eterna. Amen”. Se nos enseñan aquí dos cosas. La primera, que todos, tanto buenos como malos, resucitarán en el día del terrible juicio final. La segunda, que los buenos resucitarán para la vida eterna, y los malos para la muerte eterna. La primera [de ellas] se enseña con la expresión «resurrección de la carne»; la segunda pues se sobrentiende que la expresión “vida eterna” se refiere a los buenos.

[18v] Blanco

[19r] Tercera parte - Protestación de la fe

Creo de corazón y confieso lo que transmitieron los apóstoles en el símbolo que comienza: “Creo en Dios”. Creo de corazón y confieso lo que se contiene en el símbolo que comienza: “Creo en un solo Dios”. Creo de corazón y confieso lo que se enseña en el símbolo atanasiano que comienza: “Todo el que quiera salvarse”. Creo de corazón y confieso lo que debe ser creído con fe católica y se contiene en la sagrada escritura, tanto en el nuevo como en el antiguo testamento. Creo con sincero corazón y confieso en voz alta la santa iglesia católica y lo que por ella es mantenido, enseñado y predicado sin dudas.

Y puesto que desconozco la duración de mi vida, y el día y la hora de mi muerte en este valle de lágrimas, encerrados y señalados en los secretos de tu sabiduría, Señor Dios, desde ahora y siempre protesto [que

quiero] morir en esta santa y católica fe, para que pueda ser conducido por su mérito a la clara luz de los santos [19v] y todo el esfuerzo de mi vida pueda recibir el fruto glorioso que en ella se contiene.

Padre clementísimo, aflige mi corazón con la contrición y abre mis labios con la confesión; anima mis pasos, manos y toda mi fragilidad para el arrepentimiento, para que esté vigilando con prudencia cuando tú, Dios omnipotente, vengas a tomar lo que es tuyo, vestido con la vestidura blanca y merezca seguir a los santos

Y pues te he ofendido muchas veces a ti, sumo bien, según la multitud de mis negligencias, con una incompleta y deficiente penitencia por mis muchos pecados, protesto con fe, esperanza y caridad que, siendo parte de los miembros de la iglesia, pueda gozar del sufragio de cualquier clase de indulgencias, en cualquier modo, de cualquier clase, de todo lugar y de cualquier índole [texto dudoso] distribuidas por los prelados de ella y [destinadas] a cualquier clase de personas. Que vives ...